

Ricardo Menéndez Salmón

NIÑOS EN EL TIEMPO



El final de un matrimonio narrado a través de la muerte del hijo, el relato de una posible infancia de Jesús y el viaje a una isla de una mujer que ha de tomar una decisión trascendental son tres fragmentos de una misma historia que apunta directamente al corazón: la del hecho tan maravilloso como enigmático de que siempre, de un modo u otro, la vida se abre camino.



Ricardo Menéndez Salmón

Niños en el tiempo

ePub r1.2
Titivillus 29.09.2017

Título original: *Niños en el tiempo*
Ricardo Menéndez Salmón, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A mi hijo Valerio

LA HERIDA

I

Y así como el instante de la concepción, ese misterioso empuje en el que dos principios colisionan para cambiar el curso del mundo, resultó inaudible, con ambos actores ajenos a lo que nacía dentro de los cuerpos, así el instante de la desgracia fue también silencioso.

Sólo más tarde, al entrar en casa desde el jardín de juegos, descubrieron la sangre empapando el pantalón del niño. Ese mismo niño que los miraba con ojos inocentes, sin huella de dolor o de sorpresa, ignorante de que algo se había quebrado dentro de él fatal y decisivamente.

De modo que piernas arriba, con menos temor que asombro, siguieron el dibujo de la mácula, aquel flujo que no era rojo, como quiere el lugar común, sino negro y espeso, como cantó el primer poeta, hasta llegar al pequeño y tierno agujero por donde el hijo amado se vaciaba igual que una taza rota.

Entonces los conmovió el espanto.

II

Cuando supo que su hijo estaba desahuciado, Antares se recluyó en el silencio. Lo hizo porque comprendió que sólo la palabra crea la vergüenza. Y él sintió vergüenza: vergüenza de sobrevivir al niño, vergüenza de tener ganas de defecar, vergüenza de su necesidad de sueño.

Así que calló.

Calló durante setenta y dos horas, el tiempo transcurrido entre que el oncólogo le dijo que su hijo iba a morir y el instante en que el niño se apagó sin ruido ni ira, como una vela soplada por un viento dulce y caritativo. Nunca, desde que en la infancia le extirparan las amígdalas, había permanecido tanto tiempo en silencio.

Quizá por eso, cuando tras la hora setenta y dos abrió la boca con intención de hablar, de su garganta sólo brotó una especie de gruñido, un lamento confusamente humano, más cercano al sonido de una sierra al morder la madera que al lenguaje articulado.

Antares supo entonces que, por más que se desee, no se puede nombrar lo innombrable.

III

Las cosas que los muertos dejan tras ellos. Esa vida privada, inmune a la fatalidad, de los objetos, las reliquias, las posesiones. La estúpida permanencia de una cuna, un peluche, un sonajero. La inerte materia de la que están hechos un pijama de bebé, la tetina de un biberón, la pila ya para siempre idéntica de los pañales.

Cuando Antares regresó a casa, cuando cruzó aquel umbral que llevaba años siendo un lugar seguro, las correspondencias cambiaron, el mapa giró en un vértigo loco, se deslizó un idioma desconocido en el léxico familiar. Cómo seguir llamando habitación del niño a aquel cenotafio inmundo; cómo seguir viendo la bañera vacía como una promesa de juegos; qué disciplina del sueño y de la vigilia aplicar a las noches de pronto sin llantos, hambre ni compasión.

La paternidad es una provincia pedagógica; la orfandad es una escuela desolada. El discípulo, aquel que ha aprendido por necesidad y por sentido del deber las obligaciones de ser padre, se convierte en un salvaje a quien los pronombres fallan, los sustantivos hieren, los verbos esquivan. La casa, la ficción de un hogar estable, se transforma en una jungla donde amenazan animales impíos. Se vuelve la mirada con la esperanza de encontrar un gesto reconocible, pero se halla sólo una ausencia blanca y absurda, el insoportable ruido de fondo de un mundo hueco.

Por eso, cuando el niño murió, su realidad se descompuso.

El posesivo *su* es la clave, porque lo más doloroso de la experiencia de la muerte es constatar algo que se sabe desde siempre, pero que jamás se acata con resignación. Que el mundo trascurre ajeno a nuestros anhelos y padecimientos; que precisamente porque el mundo permanece indemne ante cada pequeña catástrofe, son *mi* mundo, *su* mundo, *nuestros* personales e innegociables mundos los que se desmoronan.

Aquella primera noche. Cómo olvidarla. Cómo decirla.

Aquella primera noche en que los perros ladraban en la penumbra algo parecido a su desamparo, y dentro de la gran casa vacía, donde ya nunca brillaría la risa, Antares comenzó otra especie de búsqueda.

IV

Esa búsqueda que, acaso sin anunciarse, había empezado al abandonar el hospital y allá dentro, en la colmena de su arquitectura funcional, dejar el cadáver del niño.

Los gestos imposibles que hay que llevar a cabo: despedirse del equipo médico, recoger las ropas que ya nadie usará, liquidar cuestiones prácticas con los encargados de la funeraria. No es una tarea hecha a medida humana. O sí. Es humano, demasiado humano, tener que seguir adelante cuando todo pronostica que la posteridad, el porvenir, el mañana, son lanzas clavadas en el costado de la cordura.

Sentado junto a la ventana que miraba al jardín lluvioso, mientras el limonero que plantó cuando supo que iba a ser padre temblaba bajo el viento, Antares pensó en el trayecto de vuelta a casa, en él y en su esposa, la madre desolada y casta, un absurdo de la carne y de la emoción, reunidos en el coche como dentro de un cofre atómico, ideado para hacer frente a un desastre de proporciones universales. Recordó cómo permanecieron allí, quietos durante un largo, insólito minuto, saboreando su nueva condición de huérfanos, heridos por la evidencia de que tras ellos, en la parte posterior de la máquina, ya no había nadie, ya no había nada.

Y recordó también cómo, al girar la llave del contacto, el lector de música se puso en marcha y arrancó al disco que contenía en su interior una cascada de notas alegres, joviales, hirientes por inapropiadas, y un estribillo innoble, que a ambos les procuró lágrimas de rabia y una furia sorda y brutal, que destiló en sus bocas ya no el sabor de la ceniza o de la sangre, sino el de los agravios.

V

La carne cremada. El horno y sus fauces verdosas, como un gran cepo atrapado en el musgo. El bramido del fuego al alzarse, el chasquido de las mandíbulas de hierro. Nadie, nunca, los había preparado para semejante imagen. De qué servían los libros leídos, los paisajes admirados, la interpretación, la glosa, la sabiduría, la capacidad para la crítica y el análisis, el juicio educado y selecto ante aquel rito.

Para nada. No servían para nada.

Y cuando les mostraron la urna, aquel objeto lacado, de aspecto pulcro, en el que supuestamente reposaban las cenizas de su hijo, ninguno avanzó las manos para tomarla. Ambos se miraron como extraños, viajeros arrojados por el mar a una costa abrupta, llena de peligros, y durante un insoportable lapso de tiempo permanecieron en pie, fracasados, vidas en llamas, esperando que alguien los arrancara del embrujo de la quietud, mientras el hombre de la funeraria, que olía a loción de afeitado y vestía un traje negro, contaba en silencio hasta veinte.

—Cójnala, por favor —exigió al fin la voz educada pero firme—. Un día les hará bien.

Y aunque Antares no supo si era la experiencia, la impaciencia o el más intolerable de los cinismos quien habló desde aquellos labios, sí recuerda que fue él quien extendió los brazos y recogió el tamaño de su desdicha.

VI

De un modo u otro, Antares y Elena llevaban quince años unidos: un mundo dentro del mundo. Se habían conocido en la universidad y juntos habían fatigado las distintas estaciones del afecto: amigos, amantes, novios, esposos, padres. Conocían la dulzura, el engaño, la melancolía, el éxtasis y la apatía. Se habían separado y vuelto a encontrar varias veces. Pero nunca se habían ignorado, a pesar del tiempo y de los mapas. La solidez de su amor era antes una cuestión de coherencia que de fidelidad. La química entre personas no es sólo un asunto molecular. Elena era un clima; Antares era un refugio. Cuando se habían mentido, lo habían hecho desde una perspectiva cenital, previsor, desencantada aunque no cínica, conscientes de que el amor es una huella sólida y profunda, pero que para no desaparecer, para que la marea no se la lleve y borre su rastro, necesita de lugares secretos. Hay una honestidad abrumadora en respetar los demonios de aquel a quien amamos. Ellos habían conjugado esa gramática del corazón con tacto y disciplina. Antares admiraba y amaba a Elena, aunque hacía tiempo que las órbitas de sus ilusiones viajaban en direcciones divergentes; Elena respetaba y alentaba a Antares, aunque hacía tiempo que sus cuerpos se habían convertido en recipientes incómodos. Su compromiso con la vida era serio y a la vez amable. Y lo habían cifrado no tanto en el cumplimiento de expectativas universales (aunque sí: había fotos de Karl Marx y de Simone de Beauvoir en las nutridas estanterías; y claro que sí: no estaban dispuestos a renunciar a ellas), cuanto en su concreción en unos deseos satisfechos (Antares escribía novelas; Elena hacía traducciones), en un porvenir (su hijo) y en un lugar (su casa).

Habían levantado la casa con orgullo y disciplina. La habían pagado con su esfuerzo y con su talento. Era en verdad un fruto del amor. Sólido, alto, armonioso. Por eso Antares sintió, en los días posteriores a la muerte del niño, que había construido su propia trampa. Porque la casa, de pronto, se había convertido en una fortaleza cruel, en la que cada rincón hablaba de una vida codiciada pero ahora hostil.

Quizá los nómadas sufran menos que los sedentarios. Quizá su dolor, al no estar ligado a recuerdos de lugares rígidos, construidos tras años de dedicación, sea más leve, como la arena del desierto o la brisa en los árboles. Quizá.

Porque su pena entonces, su pena de hombre en la frontera de los cuarenta años, rodeado de bienes de consumo, goces inmateriales y felicidad domesticada, era tan grande como la cantidad de recursos que había empeñado para rodearse de ese mundo. La solidez de sus cimientos hacía tanto más profunda la calidad de su herida. Su hijo había muerto y la casa seguía en pie. Era una prisión burlona, macabra.

Un panóptico de su drama.

VII

Antares recordó haber leído, hacía años, un relato de una maestría apabullante.

Un matrimonio estaba preparando la fiesta de cumpleaños de su hijo y encargaba una tarta a un pastelero. Ese mismo día el niño sufría un grave accidente. Mientras los padres velaban a su hijo, que se debatía entre la vida y la muerte, el pastelero trabajaba: con ahínco, con seriedad, con orgullo. El niño vivía una lenta y horrible agonía, y el mundo de los padres se detenía. Quién se acordaba del pastel y del pastelero. De regreso en casa, tras la terrible prueba, los padres encontraban mensajes grabados en el contestador de su teléfono. El pastelero estaba irritado. Había hecho su trabajo y nadie se lo había agradecido. Nadie le había abierto esa puerta. Nadie le había pagado su tiempo. El padre y la madre estaban desconcertados. Se sentían agredidos de un modo aún más inmisericorde que con la muerte del niño. El mundo era ciego y allá fuera, en forma de pastelero, el demonio de la necedad se había encarnado. Ambos pensaban en destruir a aquel hombre, imaginaban modos de acabar con la persona que había detrás de aquella voz inmundada, que los atormentaba sin remedio. Ninguna tortura les parecía suficiente para esa presencia monstruosa. Pero cómo podía el pastelero saber que esa pareja era una ruina devastada. Hasta que un día el pastelero aparecía en persona y todo se desvelaba. En el último cuadro, bajo una luz ambarina y cálida, una luz cítrica que olía a polen, el pastelero y la madre se sentaban a compartir un café. Él la consolaba; ella se sentía confortada; ambos comían de un pastel parecido a aquel otro que fuera encargado con amor y hecho con paciencia.

Quizá los detalles del relato no fueran exactos, pero Antares los recordaba así. En cualquier caso, no quiso releer el texto para confirmarlos. Lo decisivo era la resolución, la enseñanza, el misterio de fondo: la oscuridad existe, pero la vida continúa. Y ningún pastelero es culpable.

VIII

Pero en el día a día las cosas sucedían de otro modo.

Elena se iba alejando, como un nadador que se abandona a la corriente. Primero el duelo exigía una distancia, lugares de soledad, intimidad no compartida. Antares respetaba esos silencios, el llanto oído a través de los tabiques, la angustia que cargaba el instante del desayuno como una tormenta eléctrica. La veía caminar por el jardín, deambulando entre los parterres, abrazada al limonero como a un árbol de carne. Un día, a la hora de hacer la compra, ella decidió no acompañarlo; una tarde, a la hora de atender la visita de un amigo común, ella se excusó tras una jaqueca ocultándose en el dormitorio; una noche, a la hora del sueño, ella se levantó de la cama, tomó una manta y se retiró al sofá del salón, al amparo de la biblioteca.

La inundación percutió contra la casa y no parecía existir escapatoria. Antares se acercaba, pero era rechazado sin palabras, sin acritud pero con tenacidad. Había otra soledad dentro de la soledad del duelo. Ambos lloraban a su hijo separados, como torsos decapitados. No había un pastelero que los reuniera en torno a la ceremonia del afecto roto. Ningún pastel endulzaba las horas que se vaciaban por el desagüe. Sintió que la estaba perdiendo y no supo qué hacer. Acudió en secreto a sus padres, a los padres de su esposa, pero sólo recibió consejos amables: «Dale tiempo», decían, «el tiempo es la clave. El tiempo lo cura todo, incluso la pérdida más insoportable».

Pero a Antares esos consejos se le antojaban papel mojado. Ellos, *los otros*, no vivían en esa existencia amputada, desconocían cómo las trayectorias de ambos planetas comenzaban a separarse en el triste, mudo, vacío cosmos familiar.

IX

La mañana siguiente a la huida de Elena al salón, Antares pensó en la propiedad de sus suegros, la casa aislada junto al mar, dominando el ancho y vacío cuenco azul, escoltada por un bosque de castaños y defendida por el acantilado severo y duro. Allí estarían a salvo. A salvo de los recuerdos, a salvo de la sombra implacable del niño, que estaba más presente en la muerte de lo que nunca lo estuvo en vida.

Le costó convencerla, pero lo consiguió. Empleó todos los recursos a su alcance: suplicó, gritó, argumentó. Habló con Elena desde el corazón y desde la inteligencia. Ofició de esposo y de médico, de sacerdote y de abogado del diablo, de mecenas y de tirano. Negó, refutó y concedió. Al final firmaron una tregua y ella le regaló un mes. Un mes para rearmarse, un mes para que el mundo no se derrumbara de forma definitiva. Un mes lejos de aquellas habitaciones vacías.

Los preparativos del viaje parecieron unirlos. Hacer de nuevo una maleta juntos, discutir el número de prendas de abrigo, los zapatos que había que llevar, la marca de un dentífrico en particular. Objetos, pesos, medidas: los argumentos incommovibles de la materia. Escogieron y desecharon, metieron en su equipaje un puñado de novelas livianas y algún título hondo, sugestivo, inmortal. Recorrieron su casa tomados de la mano: clausurando ventanas, cerrando llaves de paso, grabando un nuevo mensaje en el contestador. Renunciaron a llevar el ordenador y la cámara de fotos. Convinieron en que no era razonable renunciar a los teléfonos móviles. Llamaron a un par de amigos, subieron a los perros al coche y partieron.

En la última curva del camino, Elena volvió la vista atrás. Antares jamás supo qué visión de la casa conservaría su mujer en el corazón.

X

Los primeros días estuvieron tan llenos de tareas que caían exhaustos en un sueño de piedra. Conocieron entonces el alivio del esfuerzo físico. La fatiga y sus oficios: canteros, albañiles, campesinos. Agradecían cada noche aquella tregua de ocho horas, solemne y negra, que el cansancio les regalaba. Había mucho que hacer, porque la casa se encontraba en un estado lamentable. Como un juguete un díapreciado pero que pronto se convierte en aburrido, sus dueños se habían esmerado en construirla y equiparla, pero después la habían abandonado sin miramientos. Y el bosque y el mar habían hecho sentir sus poderes.

No es que el lugar oliera sólo a encierro. Apestaba a humedad y moho, a madera podrida y líquenes; había colonias de hongos en cada esquina y las cañerías estaban obstruidas. Las goteras eran brutales; se encontraban restos del tejado en cada habitación de la planta alta. Antares descubrió que una vez había sabido vaciar un pozo negro; Elena aceptó que podía trabajar en suelos, techos y ventanas con la voluntad de una dinamo inagotable.

No hablaban mucho durante esos días. Les bastaba con urdir un plan de trabajo cada mañana, a la hora del desayuno, e ir tropezándose de hora en hora por algún lugar de la casa: los baños, el cenador, la huerta convertida en un cenagal inmundo. Elena preparaba un café a media mañana mientras Antares arreglaba el camino de acceso al garaje; Antares servía copas de vino mientras Elena se afanaba en convertir el fruto de los perales devastados en mermelada.

Cada tarde, cuando el sol se ponía, daban un paseo hasta el mar. Cogidos de la mano, se sentaban sobre dos piedras en forma de yunque invertido que dominaban el acantilado. Entonces miraban hacia el gran monstruo insomne, el lecho que nadie agota. Antares pensaba en el niño, aunque no lo decía. Su hijo sólo había sentido una vez el tacto del mar sobre su piel, en el único verano que había pasado junto a ellos. Él recordaba sus lágrimas y su pavor de animal herido. Era sin embargo un recuerdo hermoso, que no le causaba temor ni daño. Elena parecía mirar con fidelidad al mismo sitio, un punto en el horizonte casi siempre nublado, y que a aquella hora de la tarde era blanco y metálico.

Antares se preguntaba si la naturaleza le estaría regalando a su mujer sosiego o incertidumbre, pues por experiencia sabía que las cosas demasiado grandes pueden provocar ambos sentimientos. Y cuando regresaban a la casa, que como un animal totémico los recibía en completo silencio, sentían la necesidad de permanecer un rato a solas, antes de la hora de la cena y de los prolegómenos del sueño. Él había encontrado su lugar junto a la chimenea, bajo las fotos de un tiempo ya ido en que personas cuyos nombres desconocía sonreían abrazadas ante paisajes nevados, playas repletas de gente, edificios solemnes y famosos. Allí fumaba, se miraba las manos

llenas de manchas y arañazos, hacía recuento de los gestos que lo habían conducido hasta el final del día. Elena se encerraba en la cocina y hurgaba en las alacenas, se entregaba con devoción y talento a preparar cenas insólitas, llenas de sabores novedosos que por un rato les hicieran olvidar las confusas ceremonias cotidianas, el cómputo de alimentos y bebidas en torno a los cuales, disciplinada y obedientemente, se había construido su vida hasta entonces.

Cenaban con música tenue y velas en lugar de lámparas. Antares ponderaba los magníficos esfuerzos de su esposa; Elena agradecía aquella voluntad casi viril de convertirse en un comensal ahíto y agradecido. Cada alimento era ingerido como se acata una ofrenda, un cuerpo sagrado que lleva dentro de sí la promesa de convertirse en otra cosa. Después, a la hora de lavar los platos, los lugares se invertían. Él lavaba concienzudamente la vajilla, como si estuviera destinada a reyes y príncipes, y ella se retiraba al rincón de la chimenea a beber una copa de coñac y a leer algunas páginas bellas o prescindibles. Luego Antares soplabla las velas, apagaba el embrujo de la música y se acercaba a Elena hasta poner una mano sobre sus hombros. Besaba entonces sus cabellos, que desde hacía días olían a madera y salitre, y la llevaba así, abrazada como a una niña, en dirección al dormitorio. En silencio se cepillaban los dientes; en silencio se desvestían y acostaban; en silencio, cada cual mirando hacia un lado de la cama, se dormían vacíos y cohibidos, como novios que aplazan una noche tras otra el expediente de perder la virginidad.

Por fortuna, no soñaban.

XI

La tregua duró una semana. Aquella séptima noche, ya de madrugada, Antares sintió una especie de escalofrío en mitad del sueño, como si algo viscoso recorriera su vientre. Despertó solo. Antes incluso de alargar la mano, en un gesto antiguo y por ello conmovedor, supo que Elena no estaba en la cama.

Se levantó sin hacer ruido ni encender la luz, procurando moverse en silencio. Salió al corredor y la buscó en las otras estancias de la segunda planta, siempre a oscuras. No la encontró.

De regreso en la habitación, miró por la ventana y la vio sentada en mitad del huerto, en una silla metálica que días antes habían rescatado de la debacle. La luna la iluminaba. Estaba fumando. Sobre su cuerpo llevaba una manta vieja y gastada. Su rostro vacío y blanco no expresaba emoción alguna. Antares pensó en los ojos cegados de las estatuas.

Las hojas se amontonaban alrededor de la silla, como la piel de un gran animal. Había una enorme paz en la madrugada. Sólo el aliento del mar, a lo lejos, indicaba que el mundo seguía vivo y alerta.

Elena no se inmutó cuando Antares se acuclilló y posó una mano sobre su regazo. La manta estaba húmeda.

—Vuelve a casa, amor —dijo él.

Su esposa no lo miró. El cigarrillo, ya consumido, seguía entre sus dedos.

—He oído al niño —dijo ella.

Antares sintió una punzada más aguda que el hambre o la ira. Era el miedo, el primer guardián de las cosas y el mundo.

—No hay ningún niño en esta casa.

—Lo he oído con claridad. Primero habló; después lo escuché llorar.

Sintió que la perdía. Sintió que las palabras eran un obstáculo temible, que ninguna palabra la iba a hacer regresar al lado de la cordura, la rutina, la paz de lo que no cambia.

Pero tenía que intentarlo. Debía hacerlo.

—Habrà sido el viento —dijo él—. El viento en los árboles.

—Era él —insistió ella—. Nuestro niño. Mi hijo.

Esta vez sí lo miró. Al pronunciar la palabra *hijo*, su rostro cambió como cuando se pasa una mano por delante de una vela. Había sombras en su boca y en su pelo. Un intenso olor a pudrición los rodeaba.

—Y si no ha sido el viento, habrá sido el suelo de la casa. Esta casa está llena de ruidos.

Antares movió su mano por la manta, arriba y abajo. Quiso ser un gesto de afecto pero resultó

un movimiento torpe, absurdo, una caricia frustrada.

—Ni el viento ni la casa tienen la voz de mi hijo —dijo ella solemne, ya más allá del afecto compartido, nativa de una región monstruosa—. Era él; era mi pequeño perdido.

Así que Antares estuvo allí largo rato, contemplando a aquella mujer a la que hasta hacía poco creía conocer mejor que a nadie en el mundo. Todo le pareció entonces una burla atroz. No sólo la muerte de su hijo, sino la incapacidad para entender qué había sucedido dentro de Elena, qué mecanismo se había roto en su interior hasta convertirla en aquel enigma que veía entonces, una presencia tan incomprensible como el panteón de una civilización extinta.

—Vuelve a casa, amor —dijo otra vez—. Por favor.

Ella se levantó y se dejó guiar. Antares la acostó y cubrió su cuerpo, mientras frotaba sus manos, sus hombros, su frente fría y suave como una lápida. Sintió cómo se dormía bajo sus manos, cómo el sueño la iba conquistando poco a poco, como la marea que cubre una playa. Y vio al fin cómo su amor se dormía, vencida y agotada por el miedo a seguir viva.

Cuando a su vez se metió en la cama, Antares supo que no iba a dormir esa noche. Y supo también que lo que atenazaba su garganta eran las lágrimas que llevaban agolpándose en su interior desde hacía demasiado tiempo. Las mismas que fluyeron en silencio pero abundantes, como la música secreta de su más íntimo dolor.

XII

Al día siguiente eludieron hablar de lo sucedido. Como si hubiera sido una pesadilla que conviene olvidar con prontitud. Allá fuera, en el huerto, la silla parecía pertenecer a otro orden material, a un mundo que discurriera paralelo al de los muebles anónimos y pragmáticos. La luz de la mañana parecía haber lavado algo más que las tinieblas. Incluso compartieron una broma no demasiado afortunada mientras desayunaban. Antares se sintió conmovido al advertir los pechos de su esposa moviéndose bajo la bata. Recordó con ternura haber bebido de esos pozos blancos y abundantes.

Pero también recordó que ambos estaban ya dominados por la obscena coherencia del azar. Porque lo terrible del azar es que posee su lógica. La fractura del mundo era tan obvia que cualquier movimiento inesperado podía agrandar las grietas. Era devastador y provocaba un cansancio insoportable. Había que moverse con pies de plomo por la realidad: medir cada palabra, ponderar cada gesto, calibrar cada silencio. Cada minuto podía ser el último antes del derrumbe. Pensó entonces en cierta imagen encontrada en una vieja novela: somos payasos que bailan al borde de precipicios.

Como al familiar de un suicida que convalece tras su intento de matarse, a Antares lo aterraba dejarla sola. Pensaba que mientras la tuviera ante sus ojos, mientras estuviera al alcance de su mirada, las cosas se mantendrían firmes, seguras, ancladas a este lado del discurso.

Pero se equivocaba.

Elena soltó amarras mientras comían. El camino que su tenedor dibujó entre el plato y la boca no llegó a completarse. El tiempo se detuvo en el viaje del alimento a la lengua. Y el cubierto se convirtió en un objeto destinado a otro fin. El movimiento fue rápido y exacto: una decapitación. Entre la pausa que el arco del tenedor dibujó en su camino a los labios y su recorrido inverso hasta clavarse en la carne, apenas medió un resplandor de metal en el aire.

Fue Antares quien chilló, no Elena. Fue Antares quien sintió el dolor al ver el tenedor clavado en la mano izquierda de Elena, como una alianza matrimonial monstruosa. Aún tuvo tiempo de pensar, en un raptó de lucidez acaso incongruente, en una obra dadaísta e infernal. El tenedor, no en vano, había satisfecho su función primordial: hincarse en la carne, tocar la carne, *hacerse carne*. El tipo de carne convertía sin embargo la función en algo absurdo. Quizá en una metáfora de la cotidianidad. Porque bastaba desplazar unos grados el punto de vista para que lo habitual se convirtiera en extraordinario: aspiradoras que absorben los fragmentos de cuerpo olvidados en los rincones de las casas; zapatos y ropas que despliegan la piel de los animales que se han utilizado para su confección; tenedores que brotan como flores de plata sobre la carne en que un día concebimos.

Mientras la curaba, mientras el alcohol y la tintura de yodo arrancaban una mueca estremecida en aquellos labios de pronto viejos, curvados por una pena no tanto cínica como desalentada, como si Elena ya no creyera en nada, ni siquiera en la experiencia de su dolor, Antares luchaba por encontrar la actitud con que afrontar semejante desmesura. ¿Reproche? ¿Compasión? ¿Indiferencia? ¿Debía mostrarse disgustado, entregarle su amor sin palabras, continuar el día como si nada hubiera sucedido?

Fue ella quien vino a sacarlo de sus dudas.

—El niño está dentro de mí —dijo con la misma negligencia con que habría anunciado que al pescado le faltaba sal.

Antares sintió una caída. Estaba preparado para la desesperación, pero no para la locura. La locura era una estación demasiado innoble para quedarse en ella. Él no tenía billete para satisfacer ese viaje. El mundo quedaba cancelado en las cinco palabras salidas de la boca de Elena. Era demasiado grave como para ignorarlo. Habría entendido un insulto, una expresión de odio, una blasfemia irreproducible. Pero la locura era demasiado urgente, demasiado viciosa. Había en ella una facultad de deterioro, de ruina interior, que no se compadecía del orden de las cosas, por truncado que de pronto se mostrara.

Miró a su alrededor y los objetos lo agredieron de nuevo. Su serenidad, su franqueza, su estatura inmodificable: la nítida botella de alcohol, los algodones empapados en sangre, el espejo en que sus rostros se multiplicaban sin sonrojo aparente. Antares hubiera sentido alivio si el alcohol se hubiera vuelto de color azul, si el algodón tuviera el tacto del esparto, si los espejos no reflejaran nada. Pero la vida —la vida privada de los objetos y, con ella, la vida pública del mundo— seguía siendo lo que siempre había proclamado: una instancia ajena al deterioro de la conciencia, a su derrota y, en definitiva, a su extinción.

Admiró a su esposa convertida en una rara madeja de carne y espanto. Pensó en los países que habían visitado juntos, en los placeres que habían compartido, en algunos escenarios de su pasión. Las palabras *el niño está dentro de mí* no tenían lugar que ocupar en aquellos recuerdos. Eran palabras pronunciadas ya no en una lengua extranjera, sino en un sistema simbólico extraterrestre. La caída se reprodujo, pero esta vez en su aspecto físico. Antares perdió pie, se derrumbó al lado de Elena, por un momento pareció el enfermo, y no el sanador. Allí tendido, mientras veía cómo la herida se abría y volvía a manar sangre, incapaz durante un largo minuto de mover las manos o los pies, incapaz incluso de pestañear, ajeno a la voluntad de su propio cuerpo, conoció una prisión que no había visitado jamás. Su voluntad fallaba. No la voluntad de resolver un problema de carpintería o dotar de sentido a un texto complejo, sino la voluntad inconsciente, encerrada en su sistema nervioso y en sus correlatos motores, de mover un músculo, alzar una mano, pronunciar una palabra. Fue una experiencia espantosa y a la vez tranquilizadora, pues todo ocurrió sin dolor y en silencio. Elena allí, desangrándose sobre el suelo del baño, y Antares tendido a sus pies, como un animal moribundo, presto para la descomposición.

El movimiento regresó como se había ido, sin un instante traumático ni razón que hallar a su ausencia o a su renacimiento. Sencillamente, el motor volvió a funcionar. Antares pensó entonces en las antiguas y manidas metáforas mecanicistas y las encontró menos ridículas de lo que un día había sospechado. El hombre como marioneta. El hombre como máquina. El hombre como artefacto. Mientras se incorporaba y abrazaba a Elena, mientras buscaba en los ojos de su mujer un destello de aprensión o de solidaridad, comprendió que en ningún momento había temido por

su propia vida, y que quizá, en el fondo, por vez primera a lo largo de cuarenta años, no le hubiera importado no regresar de dondequiera que aquel minuto de absoluta inmovilidad lo había llevado.

Fuera, en algún momento de aquella tragedia muda, el cielo se había vuelto gris y pesado, una inmensa cisterna abandonada.

Llovió durante el resto del día.

XIII

Antares guardaba un recuerdo precioso de su hijo. Lo denominaba *el alzamiento*, una versión disminuida y menos dramática que la imagen de Cristóbal de Licia, el gigante cananeo, llevando sobre sus hombros al Niño mientras vadean el río. Todo padre sabe lo que es sentir ese peso sobre los hombros, un peso inexistente y al tiempo intolerable. Inexistente porque el amor no pesa; intolerable porque el hijo amado es la sustancia más pesada del mundo. Él había sustituido esa clase de transporte por una caricia más tenue pero no menos dulce: el gesto universal y abrumadoramente bello de sostener a un hijo frente a la luz.

El alzamiento sucedió un día de primavera, al poco de nacer el niño. Antares lo cogió en el jardín, donde reposaba en su cuna junto al limonero, y levantó aquella masa blanda, cálida y un poco fétida en dirección al sol. El gazapo, semiciego, notó tras los párpados la mancha del astro. Toda su cara tembló entonces como el agua de un pozo al arrojar una piedra. Toda ella se iluminó como el vientre de un pez al ser arrancado del río. Después el bebé lloró con fuerza, pero no fue un llanto fruto del hambre, el dolor o el sueño, sino que lloró porque su padre lo retiró de la fuente que alumbraba sus ojos. Antares comprendió que aquella fue la primera nostalgia experimentada por su hijo.

Repetía aquel acto cada mañana, a solas en la cocina, frente al gran ventanal más allá del cual aguardaba el mar. Perniabierto ante los viejos muebles gastados por el uso y la corrupción, rodeado del poco poético pero por ello mismo tan humano paisaje de las cacerolas, las tablas de madera para cortar verdura, los vasos de cristal, las cestas del pan y los salvamanteles, amparado por las baldosas de color teja donde en verano el calor se concentraba como en un horno de ladrillo, Antares separaba los brazos de su cintura y los iba alzando poco a poco, abriendo en el aire una concha de vacío y de nada, pero en la que sentía florecer, como un murmullo inesperado, la fragancia de la carne derramada, el espectro del hijo ido e irrecuperable, inscrito en aquel mandala invisible en que su padre lo sostenía orientándolo hacia el sol, como un alimento que se ofrece a una divinidad.

Así lo encontró Elena la mañana posterior al episodio del tenedor, de espaldas a la puerta por la que penetró con la silenciosa ambigüedad de un fantasma. Su voz, que venía de un mundo poblado por arcanos, tenía cierta calidad de agua, y Antares, al escucharla, sintió tal vértigo que comprendió cómo, entre sus manos, el niño, falto de protección, había caído al suelo. Casi pudo sentir el peso de sus fragmentos rotos como los de una porcelana cuando ella dijo:

—También tú sabes que está aquí.

XIV

Siguieron nuevas jornadas de tregua, en las que Antares aprendió a convivir con la desdicha y su opuesto, que no es la felicidad, sino la falta de acontecimientos. Pues así como lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia, así lo contrario de la desgracia no es la alegría, sino la calma.

Una noche lo despertó el deseo. Su cabeza, que durante el sueño había perdido el apoyo de la almohada, giró hacia su esposa dentro del cálido vínculo que lo animaba. Al alargar su pierna y tocar una de las caderas de Elena, Antares supo que debía satisfacer el viejo rito, la búsqueda de una saciedad común en el laberinto tantas veces recorrido. No sintió dolor ni sorpresa, sino un pavor asombrado, ante el reconocimiento de que el placer y el dolor no son sucesivos sino simultáneos, de que se puede estar vivo y muerto al mismo tiempo, sin paradoja ni solución de continuidad, como esos organismos que son planta y animal a la vez, que pertenecen a la tierra y al aire, al agua y al fuego con la misma intensidad e idéntica vocación.

Esa noche Antares entró en Elena como si lo hiciera en una casa familiar, de la que se conoce cada mueble, cada rincón, cada falleba. Entonces no podía saber que era la última vez que lo hacía. De su cuerpo, que yacía blando y entregado sin abandonar el sueño por completo, no extrajo novedad ni sabiduría, sino consuelo y confirmación. Alzado sobre el vientre de su mujer, sobre su transcurrir sereno, la observó como si ella fuera un pequeño planeta azul que dormía y él un dios que admirara su obra desde un trono de éter, en ese interregno privilegiado que los filósofos imaginaron un día para los demiurgos. Contemplándola, ligado a ese acto con una rara tenacidad, no pudo por menos que sentirse cómplice de aquella paz del músculo y la entraña.

De esa hora conservaría más tarde una visión purificadora, casi casta, como si hubiera gozado con un arquetipo de la inocencia en vez de con una mujer real; como si su esposa, llena del aroma dulzón y acre de las mujeres maduras, fuera un curso de agua o una bocanada de aire. Encerrado en esa visión como un sitiado en su ciudadela, Antares hizo de tal impresión un arte, hasta asumir que el deseo no está sujeto al tiempo, que para conquistar ese nombre no precisa, como la ruina física o la destrucción de los sueños, de una cantidad de tiempo lo suficientemente ancha y sólida, pues el deseo de sesenta noches puede ser tan grande como el de sesenta años, pues en la paradoja de su breve enunciado halla a menudo toda su fortaleza, pues para crecer y perdurar hasta que la carne vuelva a ser sólo polvo apenas precisa de un poco de aire.

A la mañana siguiente, mientras contemplaba a Elena adornando con flores la mesa del desayuno, experimentó por ambos una rara piedad, como si los dos fueran el testimonio frágil pero heroico de una circunstancia remota, cuerpos pompeyanos a los que el tiempo hubiera convertido

en moldes de una idea poderosa y sublime.

XV

La propuesta había partido de su suegro, en una de sus frecuentes conversaciones telefónicas. Lo animó a que visitaran la iglesia que la orden cluniacense había construido ochocientos años antes a los pies del acantilado, y que, protegida por una legión de magnolios, había mantenido su vigilancia allí, a despecho de los siglos, aunque hiciera ya tiempo que no servía como lugar de culto.

De modo que fueron en su búsqueda una mañana desapacible, en que el nordeste llenaba sus ojos de lágrimas y sus ropas, igual que fuelles, se abrían y cerraban como flores de lana. Tardaron un rato en encontrarla, desorientados por la maraña de árboles que habían creado un cobijo vegetal. Cuando la vieron, pequeña y delicada, fruto humano destinado a adorar algo más grande que la edad de los hombres, los conmovió su belleza de ruina, las piedras un día ordenadas con voluntad de perdurar pero ya roídas por el viento y el mar, hasta cifrar un confuso homenaje de soledad y derrumbamiento. Antares advirtió ante ella que todo arquitecto no hace más que meditar sobre su futuro fracaso.

Precedidos por los perros midieron su perímetro, cada uno rodeando la iglesia por un lado, hasta encontrarse junto a su hundido cimborrio, calcinado por los excrementos de gaviotas y el salitre. Miraron los lascivos canecillos adornados con citaristas, motivos vegetales y algún monstruo hijo de una mentalidad lejana, símbolo de una época en la que el mundo era un lugar delicado y punitivo. La puerta, diminuta, exigía que quien entrara en la iglesia se agachara, como si así rindiera un primer homenaje a las fuerzas intangibles que allí se demoraban. Dentro, sin embargo, no encontraron una cápsula de tiempo, sino cigarrillos y preservativos, chatarra y limones exprimidos, incluso faros de bicicleta y un insólito bidé. Antares recordó el tenedor en la mano de su mujer, la violenta fuerza de los objetos empleados en un contexto ajeno de aquel para el que fueron concebidos. Lo hirió más la suciedad que la vejez; lo lastimó más la presencia humana que la roña de décadas.

Caminaron en silencio, cogidos de la mano, pisando la piedra húmeda y helada, contemplando los bancos de madera entregados a la carcoma, los murciélagos que infestaban los techos, el polvo acumulado en cada ángulo. Elena se sentó en el primer banco, a la derecha del altar, y enterró el rostro entre sus manos. Los perros, como gárgolas, la flanqueaban. Hacía años que Antares no la veía rezar, o lo que fuese que estaba haciendo allí, encerrada en el diálogo de su propia carne, de sus propios miedos. Hablar con Algo. Hablar con Alguien. Quizá hablar consigo misma. Mientras, él pensaba en la intangibilidad, en la ausencia de peso de los ángeles, las vírgenes, los dioses que habían inspirado a los constructores. Otra vez recordó a Cristóbal vadeando el río, la gravedad

posada sobre sus hombros de gigante. Los hombres habían creado toda esa cohorte fantasmal, sin peso ni estatura reales, para protegerse del único peso, de la única estatura ineludible: la muerte.

Y se dijo que quizá la literatura no fuera sino otra forma de religión, otra práctica supersticiosa mediante la que se combatía a la muerte con un arma fantasmagórica: la palabra. Sus libros se le aparecieron allí, en aquel minuto de quietud en el interior de la iglesia, como otro grito humano para luchar contra el destino común. Otros tenían sus ritos, su misterio encarnado; él tenía su tabernáculo de papel, un lugar en que ningún cadáver se pudría por los siglos de los siglos, pero al cual también acudían peregrinos de todo el mundo.

Encontró la figurilla al pie de uno de los bancos. Era un Niño de barro cocido, burdamente concebido. Estaba desnudo, salvo por un pañal, y llevaba una corona de laurel, que hacía pensar más en un pequeño emperador del mundo que en quien decía ser, el fruto de un pesebre. Pensó que procedería de un belén casero, y se apoderó de él una vaga sensación de escrúpulo, aunque nada más verlo supo que se lo llevaría.

Antes de cruzar el umbral de la iglesia, mientras Elena continuaba sentada con la cara enterrada entre las manos, Antares alzó la vista y contempló la quietud fétida de los murciélagos:

—Los niños —dijo a nadie—. Los niños lo soportan todo.

XVI

—Un día escribirás sobre todo esto.

Estaban sentados en las piedras en forma de yunque invertido. Antares masticaba una hierba; Elena fumaba. Los perros reposaban junto a ellos.

—Un día escribirás sobre nosotros, sobre este momento.

Antares pensó en una fortaleza asediada. Durante años había protegido el interior de la fortaleza de los bárbaros que aguardaban fuera: la estupidez, la brutalidad, la fealdad del mundo. Ahora los bárbaros habían entrado. Y habían empleado el más innoble caballo de Troya: la muerte de su propio hijo.

—Pondrás palabras a toda esta ruina, a esta mierda en que nos estamos convirtiendo, y sentirás que has cumplido conmigo, contigo, con nuestro niño. Y yo te odiaré por ello.

Elena se levantó y se fue. Los perros la siguieron. Antares permaneció allí solo, como una señal en el camino. Visto desde lejos no parecería un hombre, sino una protuberancia de la piedra, un muñón de roca.

En el centro de la fortaleza había un tesoro. Un tesoro que defender. Ese tesoro era lo vivido, y lo vivido sólo podía transmitirse mediante el lenguaje. Había que bajar al pozo del lenguaje, había que llegar al hueso del lenguaje para desnudar lo que había sucedido. Los bárbaros estaban cerca, rodeando el tesoro con su estupidez, con su brutalidad, con su fealdad, y él sólo tenía palabras que oponerles.

No se atrevió a juzgarla. No en aquel momento. Años más tarde quizá lo hiciera, cuando Elena ya no perteneciera a su vida, cuando se hubiera convertido en alguien que un día fue importante, pero que entonces ya no sería más que un recuerdo, un nombre que ciertas noches se repetía como un conjuro, otra palabra sosegada o dolorosa.

Apretó al Niño de barro cocido hasta que su mano se hizo puño. El pequeño dios era cálido y duro, como el endocarpio de una ciruela.

XVII

Una mañana, tras desayunar, cayeron en la cuenta de que uno de los perros, la hembra, había desaparecido. Los animales habían sido siempre disciplinados, pero también independientes. Obedecían a la voz de ambos, pero a menudo permanecían invisibles durante horas. Aunque siempre marchaban en pareja. Fue la soledad del macho, sus ladridos resonando en el huerto, lo que los alarmó.

La buscaron guiados por el perro confuso y azorado, que tan pronto entraba en la casa como salía de ella. El animal estaba desconcertado; ellos pronto se sintieron exhaustos. Fue Elena quien propuso que subieran al coche y recorrieran los caminos despacio, con la cabeza del perro asomada a la ventanilla como un vigía.

La encontraron a la hora del crepúsculo, desventrada pero aún viva. Sus intestinos eran un corazón pulsante. En el pavimento había huellas de frenadas. Elena vomitó y echó a correr. Antares se agachó junto al animal y le pasó las manos por la cabeza digna y abatida. Parecía un numen legendario. Respiraba con dolor y algo que él se atrevió a llamar angustia. En sus ojos de perra había la mirada más humana que recordaba haber visto. Pensó en su hijo en la habitación de la muerte, en sus ojos abiertos como dos preguntas rotundas, innegociables. La mirada de la muerte que se acerca es insoportable, se dijo. Insoportable.

El macho giraba en redondo, como una peonza que no acabara de caer. Olía la sangre, el vientre destrozado, abría las fauces y ladraba a su amo, al cielo, a la vida absurda y despiadada. Antares maldijo y se apretó el pecho, como si estuviera sufriendo un ataque al corazón. Respiró hondo y se levantó. Elena se había detenido a cien metros. Sentada en el macadán, él veía su espalda subir y bajar, como si fuera un títere que alguien moviera. La luz de los faros hacía pensar en el interior de un acuario.

Caminó hasta el coche y sacó una manta del maletero. Cubrió con ella a la perra e intentó alzarla. Pero los intestinos se derramaban. Un intenso olor a excremento y a sangre fresca le puso una arcada en la boca. Sintió que su saliva se convertía en algo sólido, un puñado de arena, una masticación antigua, jamás digerida. Posó a la perra y la manta sucia, se acercó al coche y escupió entre las ruedas. Notó el pulso en las sienas, en las ingles, en el vientre duro como la piel de un tambor.

Tomó el gato y se acercó despacio, como un asesino. Se arrodilló junto a la perra y acarició su lomo brillante y lleno de escoriaciones. La agonía era lenta y fatigosa. No había consuelo alguno en acabar así. Era un trámite inútil y por ello obsceno. De modo que alzó la mano derecha y la dejó caer una sola vez, en un movimiento rápido y exacto, como el tajo de un carnicero. Algo se

quebró allá abajo, sobre el cráneo cincelado por miles de generaciones de bestias; algo que venía de un mundo antiguo y brutal, en el que todos los perros fueron lobos y vivieron salvajes y formidables, entre el frío y la penuria y la gracia animal y la voluntad de perdurar. Cuando volvió a alzar el gato para repetir el gesto, supo que un segundo golpe sería innecesario. La perra estaba muerta.

Tardó un rato en arrastrarla hasta una cuneta y depositarla allí. En todo ese tiempo la carretera estuvo vacía y Elena siguió sentada en el firme, feroz, inalcanzable. Cuando al fin arropó el cadáver de la perra con la manta, ramas y algunas piedras, hasta formar una especie de sudario, el cuerpo de Antares hedía a la sangre del animal y al sudor de su propio esfuerzo. El perro aullaba insaciable, y tuvo que luchar con él para meterlo dentro del coche.

Al arrodillarse junto a Elena, sintió un escalofrío. Parecía de cera o de mármol, una gran muñeca abandonada en la carretera. Por fortuna no veía su cara, pues le hubiera espantado tanto vacío, pero al incorporarla y llevarla hacia el coche, advirtió que se había mordido la lengua y que de su boca manaba sangre.

Esa noche lo atormentó una pesadilla con la perra. Sus padres, sus vecinos, algunos de sus amigos lo acusaban de haberla asesinado y abandonar después su cadáver. Aunque la primera parte de la acusación era falsa, la certeza de que la segunda tenía algo de verdad lo lastimó. Sus censores lo señalaban con el dedo. Sin embargo, cuando despertó el día era magnífico, una especie de antítesis del sueño. Había descansado once horas, e imaginó lo que deben experimentar los cosmonautas al regresar de sus viajes espaciales y dormir de nuevo en la Tierra. Miró largo rato los dedos de sus manos y los encontró extraños, tanto que por un momento dudó de su número.

Al bajar a la cocina, oyó que Elena estaba duchándose. Fue sólo al mirar por la ventana, mientras bebía un café, cuando comprendió lo que ella había hecho mientras él peleaba en medio de la noche con algo parecido al remordimiento.

Había un hoyo en el huerto, allí donde la tierra estaba más blanda, en el lugar en que los tomates crecerían en verano. Una pala hincada dibujó en sus retinas una película sucinta pero diáfana: Elena alzándose de la cama, Elena arrancando el coche, Elena conduciendo hasta la cuneta para recoger a la perra. (Antares no pudo o no quiso imaginar sus esfuerzos para levantar a la perra y meterla en el coche, toda la suciedad y la violencia de aquel gesto). En la última imagen que la visión de la pala le regaló, Elena cavaba con frenesí medido e implacable, como una mujer que intenta enterrar un tesoro.

Al salir de la ducha, lo encontró acodado junto al fregadero, mesándose los cabellos.

—Tenía que hacerlo —se limitó a decir—. No podía dejarla allí sola.

Antares no se volvió ni respondió. Consumido por la vergüenza, supo que aquella tarde regresarían.

XVIII

Y, sin embargo, conquistaron un simulacro de vida.

Fueron capaces de hacerlo en días repetidos y cansinamente idénticos, durante los que reiterar los mismos gestos, parecidas palabras y conductas semejantes les permitió sobrevivir a la muerte del niño, a la estancia en la casa junto al mar, al dolor devorador que consumía su tiempo. No hubo más intentos de mutilarse; no sonaron nuevas voces en la noche; los monstruos, dentro y fuera del cuerpo, durmieron los beneficios de un precario exilio. A cambio, hubo que pagar el peaje de cierto helado cinismo y asumir la muerte definitiva de la piel.

Porque después de la noche en la casa desolada al borde del mar, cuando habían hecho el amor con la serena pericia de dos viejos cómplices, Antares fue rechazado cada vez que intentó acercarse a Elena. Era cruel pero vivificante, como echar sal sobre una herida que le recordara que seguía teniendo deseos. Pero en lo más hondo de su corazón, Antares sabía que aquella distancia era un suicidio, el penúltimo acto antes de la fractura, la caída libre de un hombre y una mujer a los que un cuerpo ajeno había traicionado, y que ahora, en sus propios cuerpos, experimentaban la derrota. Y si alguna noche, en el silencio de la habitación, él hubiera podido ver cómo su esposa lo contemplaba, desnudo y bello aunque a la vez ajeno, habría experimentado en carne propia ese sentimiento entre la piedad, la pena y la más profunda de las melancolías que provoca saber, sin engaño posible, que aquel a quien un día amamos ya sólo nos resulta tolerable como un mueble del mundo o como una costumbre, pero nunca más, hasta el fin de los días, como una disciplina del tacto o del olfato, como otra carne en la que saciar la preciosa comunión.

En todo caso, la ruptura vino paradójicamente precedida por un aire de fiesta. Fue Elena quien propuso una cena para seis, reunir a los padres de ambos en torno a una mesa. Antares sintió extrañeza ante semejante idea, que ni siquiera en sus momentos más dulces como matrimonio habían acariciado. Pero no se atrevió a negarse, aceptando el deseo de su esposa como el dígito final en la contabilidad del duelo. Elena quería enterrar el pasado. Y quería hacerlo de modo público.

Nunca, ni en sus peores pesadillas, entendería Antares a lo que se estaba exponiendo, y cuando ella destruyó el hechizo, hubo de reconocer que aunque creía ser un buen escritor, en realidad nunca había sido ni siquiera un mediocre conocedor del alma humana, pues el desenlace de aquella cena le mostraría a su esposa en la plenitud inasible de lo que había sido desde el día en que la conoció: una completa desconocida. Y por ello, ante ese enigma hondo y frío de la inconmensurabilidad del otro, Antares tuvo que aceptar que la literatura, a la que se había aferrado como el instrumento decisivo para desvelar la verdad de la condición humana, había

resultado en sus manos un juguete patético.

En sus libros se había propuesto estudiar al insecto humano, pero su vida desmentía semejante empeño. El resultado era así doblemente dramático. Porque si por un lado había sido un farsante como escritor, por otro, como hombre, Antares se había convertido en un mendigo.

XIX

Elena había desplegado las galas de la anfitriona perfecta: elegancia, discreción, eficacia. Tan elegante, discreta y eficaz había sido que, cuando Antares llegó a casa con los invitados, no pudo reconocer el espacio habitual de sus ocios. El salón se había transformado en un lugar donde la disposición de los muebles creaba una ilusión de novedad y, a la vez, de costumbre renovada. La mesa era un regalo para los sentidos, con todos aquellos alimentos dispuestos como un lienzo festivo. Copas y cubiertos brillaban con un destello distinto, más allá de la limpieza o el esmero. Había un perfume delicioso en la casa, un aroma que hacía presentir una felicidad puramente orgánica. Incluso el juego de luces y sombras que Elena había dispuesto le pareció insuperable. Era perfecto, tanto que Antares debió sospechar alguna grieta tras la encarnadura, la polilla que devora el traje de la reina entre bambalinas.

Por no mencionar su belleza.

Su esposa se había vuelto diáfana como una espiral de luz o un papel japonés. Aquella palidez que destacaba cada rasgo de su rostro igual que una limpia cuchillada sin sangre. La delgadez rabiosa de sus manos y de sus hombros no era de pronto un insulto a la salud, sino la línea precisa de una ingeniería corporal. Estaba bella más allá de las modas o del decoro. Estaba bella sin haber atendido a nada que no fuera la adecuación de su cuerpo al instante. Su belleza, en aquel segundo en que Antares abrió la puerta acompañado de sus padres y de sus suegros, lo golpeó con la violencia de una primera vez. Y él supo entonces cuánto temía perderla, cómo, en el fondo de su desasosiego, no era tanto la orfandad lo que temía, cuanto el abandono o la viudedad, hasta qué punto el compromiso de su vida había sido antes con Elena que con su hijo, antes con la carne elegida que con la carne nacida de la propia carne.

Cuando en el futuro rememorara aquella noche, Antares sería incapaz de saber qué comió, con quién rio, de qué asuntos habló antes de la catástrofe. No podría recordar qué joyas llevaban su madre o su suegra, si su padre y su suegro emplearon las gafas para descorchar las botellas, en qué momento de la cena se escucharon los ladridos del perro. Es cierto que la memoria se parece antes a un jefe negligente que a un meticuloso subordinado. La memoria asedia su edificio, el edificio del Tiempo, pero no lo expugna por completo. La memoria es en sí misma relato, sólo como relato tiene una esencia, un sentido, una razón. Y el relato exige escoger, tamizar, desechar. Antares sabe que esa noche existió porque después de ella su vida quedó dividida en dos partes, pero no sabe qué sucedió antes de esa quiebra, apenas alcanza a recordar el número de invitados y aquel primer doble impulso al entrar en casa: el reconocimiento de la pericia de la anfitriona y la belleza de una mujer que lo seguía cautivando. Luego, un soplo, una brisa, aire en movimiento:

cortinas de gasa levantadas entre los personajes y el mundo, el decoro de una conversación civilizada, el transcurrir sereno de un interior burgués.

Así que para Antares sólo existió un momento exacto, aquel en que la representación dejó de ser una comedia de costumbres para convertirse en un drama, aquel en que a los presentes se les cayeron las máscaras. Mejor dicho: aquel segundo preciso e inolvidable en que Elena se arrancó el disfraz y obligó al resto de actores a mirar con ojos desmesuradamente abiertos el movimiento medido y desnudo, libre de afectación, como si hubiera posado un inocente salero, con el que depositó en el centro geométrico de la mesa la urna con las cenizas del niño, la sensación lacerante y nauseabunda, parecida a la que provoca morder una manzana y allá dentro, entre la carne fresca, encontrar el cuerpo retorcido del gusano, con que Antares recibió la presencia del objeto fatídico, un tabú en sí mismo, que él se había encargado de ocultar en lo que suponía un rincón inalcanzable de la casa, para de pronto, aquella noche, en aquella mesa, frente a todos aquellos ojos, tropezarse con él.

Antares vibró como la cuerda de un arco tras ser disparado.

La contemplación de un objeto puede concentrar en un único instante el pasado y el porvenir, convertir el tiempo en uno de esos cuerpos de ínfimo volumen pero enorme masa que pueblan el cosmos, un cuerpo de una densidad tan gigantesca que no existe fuerza capaz de desplazarlo. Así la urna con las cenizas de su hijo precipitó todo el pasado y canceló todo el porvenir en un segundo rigurosamente ineludible.

Aquí.

Ahora.

Ya.

Ante la presencia de aquel objeto, que para sus padres y sus suegros no significaba absolutamente nada, Antares sintió abrirse el abismo del tiempo transcurrido ya no desde la muerte de su hijo, sino incluso desde el nacimiento del niño, y más atrás, mucho más atrás, siempre hacia atrás, como un largo hilo que se recogiera en su madeja primordial, pudo ver las diversas manifestaciones del afecto, los ritos de paso de Elena y de él como pareja, los trenes a los que subieron y los trenes que dejaron pasar, las primaveras, los otoños, los veranos, los inviernos, todas las hojas de todos los calendarios cayendo dentro de aquel objeto que funcionaba como un agujero negro.

Pero no sólo en esa dirección de regreso hacia el origen de su amor operó el recurso de la urna, sino que Antares pudo también advertir la negrura que caía sobre el tiempo por llegar, la opacidad que se cernía sobre la posibilidad de un futuro compartido, las agujas del reloj corriendo hacia delante, girando enloquecidas en órbitas vacías que no resonaban ni creaban eco alguno, minutos sin sentido y huecos en los que no había nada, a los que nadie atendía, que no sucederían nunca. Sí. La aparición de aquel objeto en aquel contexto, encima de aquella mesa en el marco de aquella noche, cancelaba semejante posibilidad, sustraía a ambos amantes de la incógnita del porvenir, borraba toda expectativa de un mañana.

Sólo faltaban las palabras que fijaran la quiebra, el último parlamento, el drama de viva voz antes del mutis prodigioso, el tono que expresara en frases lapidarias cómo, cuándo, por qué.

Elena miró a Antares. Las facetas de su rostro, las manos entrelazadas con su anillo de casada aún visible, el movimiento que sus hombros hicieron, como si se relajaran cediendo ante una presión enorme. Y entonces el suspiro. El suspiro hondo y profundo, la exhalación que no sólo

parecía hecha de aire, sino de fuego y piedras, de años compartidos, del hedor y la suciedad que una vida en común puede llegar a almacenar.

Aquel suspiro.

—Bienvenidos al peor de los mundos —dijo Elena.

Y todo se derrumbó.

XX

La noche más triste nunca es la primera. Pero la primera noche triste es la más larga de las noches tristes por vivir, aquella en que la extensión de la herida se muestra infinita. La noche en que se comprende lo que queda por venir, entre otras cosas la noche más triste.

La primera noche de Antares sin Elena transcurrió entre el insomnio y un discurso continuo aunque mudo, el discurso de una conciencia que se interroga sin desmayo. Los únicos testigos de aquella noche fueron un perro viudo, una urna con cenizas y un Niño Jesús de barro cocido.

Transcurrida aquella noche en que la tristeza desplegó su significado e insinuó hasta dónde llegaría su poder, un sol frágil inundó la habitación de Antares, un sol lechoso que no calentaba, y que hacía pensar en un filtro de plástico extendido entre el espectador y el mundo. Antares estaba echado en la cama, cohibido, como si ocupara un espacio que ya no le perteneciera, asumiendo el escaso patetismo de la escena. Porque al fin, cuando las cosas sucedían, eran reales e inmediatas. Sólo eso. No había poesía ni epifanía en el abandono de Elena. Como no había enseñanza ni revelación en la muerte de su hijo. Una persona se iba y dejaba un vacío.

Pero mientras el sol teñía sus ojos, mientras el insomnio hacía que la habitación oscilara y el perro, la urna y el Niño buscaban acomodo en el día que empezaba, Antares recuperó la última imagen de Elena que conservaría durante años, la misma que mucho después, cuando cerrara los ojos para siempre en compañía de otra persona, de otras manos y de otro clima, se llevaría consigo a la negrura infinita donde no hay padres, donde no hay hijos, donde no hay literatura.

La visión de la mujer que durante quince años había compartido su vida; la visión de Elena volviéndose en el umbral de la casa mientras decía:

—¿Qué me devolverá a mi hijo?

LA CICATRIZ

Para Elena

Ningún mortal es tan grande que no pueda ser incluido en una plegaria.

BERTOLT BRECHT, *Vida de Galileo*

ALEF

Durante buena parte de la noche escuchan llorar a dos niños.

A la mañana siguiente felicitan al carpintero por su fortuna. Pero él tiene los ojos cansados y el aliento le falta.

—Mí primogénito —dice señalando el pequeño ataúd— murió al romper el alba. Sólo ha sobrevivido el segundo. He intentado no despertar a nadie con los golpes —añade mostrando sus manos llenas de heridas y blancas de polvo.

Lo ven alejarse con la espalda humillada, como un huésped expulsado por ladrón.

Es entonces cuando de nuevo escuchan llorar al superviviente.

* * *

Entierran el cadáver bajo un olivo, sin ceremonia ni lujo. Es cierto que derraman lágrimas, pero más por sentido del deber que por verdadero dolor. Es difícil lamentarse con sinceridad viendo los ojos del niño vivo, el temblor de su pecho. Los perros cimarrones guardan el lugar durante días. Luego, un crepúsculo, oyen aullar a los chacales y se alejan. Pero ninguna alimaña ronda el árbol.

Años más tarde, Jesús recordará aquella tumba hasta imaginar el rostro del gemelo al que no llegó a conocer, pero de quien su madre, en repetidas ocasiones, le pintó su fugacísima existencia con vivos colores, como si en vez de haber respirado apenas unas horas hubiera sido una leyenda.

—Se habría llamado David, como el rey de los judíos —decía ella entonces con la voz a punto de quebrarse, consciente de que el lenguaje de los hombres, por tabú o por pereza, desconoce la palabra que designa a la mujer que ha perdido al fruto de sus entrañas.

* * *

Pasa sus primeras semanas llorando sin descanso. No parece un niño sano, nadie apuesta una moneda por su vida. Y su padre, con las mismas manos con las que ha construido el ataúd de su hermano, se obstina en hacer un segundo para él.

Pero el coraje de su madre lo saca adelante.

Es ella, son sus tetas grávidas de leche las que salvan al pequeño de morir. Cómo chupa él,

con qué avidez se agarra a la carne agraviada por el polvo de Belén, con qué ahínco sus encías se cuelgan del pecho de María es algo que ninguna pintura ha logrado representar con el suficiente dramatismo, con la suficiente valentía.

BET

Los tres visitantes llegan un frío mediodía. Visten ropas sucias y sus camellos apestan.

—¿Quiénes sois? —pregunta José, temeroso de su aspecto.

—Comerciantes con sed —responde el más joven, un negro de aspecto hercúleo—. Danos agua.

—¿De dónde venís? —pregunta José mientras aprieta un punzón bajo su tabardo.

—De Libia —contesta el segundo, un hombre melenudo y de rostro atormentado, que lleva tatuada una corona de espinas en su antebrazo derecho—. Vamos a Jerusalén. A vender pieles de ardilla.

—¿Libia? —pregunta María asomando a la puerta de su casa—. ¿Dónde queda Libia? ¿Y qué son las ardillas?

—Libia queda al oeste, mujer —responde el tercero, que por su aspecto parece necesitar algo más que agua—. Donde viven las mujeres más bellas del mundo y el sol es del color de la sangre menstrual. Y las ardillas son animales que duermen en los árboles pero copulan en el suelo. — María se ruboriza como si un escorpión la hubiera picado—. Sus colas son muy apreciadas para hacer pinceles.

—¿Es Libia romana? —pregunta José apretando aún con más fuerza el punzón.

—Danos agua —responde el negro descendiendo de su camello— y te contaré una vieja historia.

De modo que comen pasas y beben leche en vez de agua, y a cada rato, sin pudor, miran el cuerpo de María con ojos encendidos. Hace tiempo que duermen solos. Demasiadas noches para hombres como ellos.

Así que parecen conjurarse en silencio, dispuestos a todo, mientras José maldice en voz baja y calienta el punzón contra su pecho, preparado a que todas esas sangres se derramen antes de que a su mujer le toquen un solo cabello.

Es entonces cuando el niño grita. María lo tiene oculto bajo unas ropas, en un serón. El grito es tan horrible, tan espantoso, que los viajeros tiemblan.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta el negro.

—Nuestro hijo —improvisa José, descubriendo en ese grito una posible salvación— nació deforme. Mi mujer comió pescado crudo durante el embarazo.

Los hombres vuelven a temblar ante un nuevo grito. Imaginan un ser con escamas, con la cabeza hipertrofiada, con agallas en la piel del cuello.

María ha corrido al serón y mece en silencio el manojito de carne tibia. El niño resplandece

frágil entre sus brazos, rubio como un trival.

—Los romanos nos lo quisieron arrebatat, pero conseguí arrancarles la promesa de que lo dejaran morir entre nosotros. —Y José agacha la cabeza como una bandera ajada—: No creo que pase de esta noche.

Un viejo escrúpulo amanece en los ojos de los tres viajeros. Un asco antiguo, nacido de los largos viajes y de las heridas presentes en el cuerpo, una sensación de rencor hacia todo lo enfermo y gastado. El negro mira a María con una nube roja sobre su frente. Parece un bruto encadenado a su odio.

—Hemos visto ya demasiados monstruos en este viaje —dice el hombre tatuado levantándose—. Será mejor que sigamos camino.

Unos minutos más tarde, José, asomado a la puerta de su casa, los despide en silencio. Bajo el tabardo, contra la piel a la que el invierno no parece lastimar, el punzón sigue pegado a su cuerpo enflaquecido. Cuando entra en casa, María se vuelve hacia él. Lleva en la mano una cola de ardilla.

—¿Por qué has contado una mentira? —pregunta mientras se la pasa al niño por las mejillas.

—Porque eres una mujer ingenua —responde José dejando caer el punzón al suelo.

GUÍMEL

Hay juegos y risas ese primer año.

Jesús gatea desde los nueve meses, ignorante de los ruegos de una madre joven aunque ya temerosa. Es ése un tiempo de gozo, en el que las noches de José y María se llenan de amor renovado, en la búsqueda del hueco dejado por el gemelo muerto. Pero también hay lágrimas, pues María ya no florecerá otra vez. Algo en su interior se ha quebrado para siempre, como un vaso o como una campana, como una tinaja de aceite. Quizá por ello, a medida que vaya envejeciendo, volverá la mirada cada vez con más frecuencia hacia su juventud, de la cual nunca ha podido aceptar que cierta mitad suya le haya sido arrebatada.

—Jueces de Israel, sabios de Sión, ¿sabéis qué ha sido de mi hijo? —grita en sueños algunas noches mientras todavía siente en su matriz la huella salada del carpintero.

Y Jesús, preso en la indolencia de su primer año de vida, mira a su madre desde el pozo de la noche con los ojos llenos de ruegos, ignorante del pasado, ajeno al porvenir.

DÁLET

Infancia y vida oculta.

Qué promesas no esconderán estas palabras del evangelista Mateo. Qué promesas no esconderán estas palabras del evangelista Lucas. Pero también qué terrores, qué tinieblas, qué tristezas.

Por qué ese rótulo tan extravagante.

He aquí la función del genealogista. Los nombres de donde venimos; los lugares hacia los que vamos. De Abraham a David, catorce generaciones; de David a la cautividad de Babilonia, catorce generaciones; de la cautividad de Babilonia a Jesús, catorce generaciones.

Oscuros dígitos, primera tentación de los rituales, del orgullo secreto de los números. Ya, tan pronto, Mateo venerando formas de la superstición, cábalas feroces, enigmáticas correspondencias entre la carne, la Historia, el orbe.

¿Cómo se llamaba tu abuelo, niño?

—Jacob —dirá un día futuro para sorpresa de María, avanzando una mano, la derecha, la izquierda, no importa cuál, hacia el sol esplendente de la barba anciana—. Jacob, abuelo Jacob.

¿Supiste quién fue Isabel, madre?

—No salí de mi casa mientras estuve embarazada. El amor de José fue entonces mi patria. El amor de José.

Del Bautista, Lucas, nada supieron estas gentes en sus primeros días de regocijo, en sus primeras noches de aflicción.

Infancia y vida oculta. Qué feroces palabras, evangelistas. Qué feroces palabras.

* * *

Nombrar el mundo. Hacerlo con ternura. Ayudar a que un niño descubra los objetos, sus aristas, la plétora de lo vivo.

¿Cómo se amaban las familias hace dos mil años? ¿Hay documentos que nos hablen de ese amor, el que se comparte durante la comida, en el descubrimiento del entorno, con los primeros ritos, en la comunión con los animales? ¿Cómo ama un carpintero a sus hijos? ¿Y una madre primeriza, joven, bella sin duda por lo que tres viajeros llegados de Libia insinuaron con su deseo? ¿Por qué nadie menciona los juguetes de Jesús?

Hay que hacerlo. Tenemos que regalarle una infancia a este niño. Cómo, si no, alguien podrá

un día creer en él. De qué hablan esos amanuenses, qué palabras vacías pronuncian, si ninguno mencionó jamás cómo le dolían los dientes, de qué color eran sus deposiciones, quién le hizo su primer rasguño.

Infancia y vida oculta. ¿Por qué, embaucadores?

HEI

En Palestina, las noches de verano son suaves y perfumadas; los días, tórridos. Lagartos y bueyes duermen bajo el mismo sol, eternos aquéllos, estúpidos éstos, todos proféticos. José trabaja en silencio, bebiendo agua de una calabaza, es un maestro sin talento pero sin tacha. Sus mesas, sus sillas, sus camas son sencillas pero seguras, nadie nunca ha podido quejarse de que una obra salida de las manos de José se rompiera o faltara a su cometido. En sus mesas comen los felices y desdichados de Nazaret; a sus sillas se sientan los ricos y pobres de Nazaret; en sus camas duermen, copulan y mueren los recordados y los olvidados de Nazaret.

La mesa de José, en la que comparte con su esposa y su hijo ciertos dones, está construida con especial esmero. En uno de sus cantos, como runas místicas, ha grabado, con su escaso conocimiento del alfabeto, la marca y firma del hacedor. Mientras realizaba ese gesto, acaso haya sentido el hormigueo de la vanidad recorrer su cuerpo, pero de este pequeño devaneo con la soberbia, de este acto de orgullo, no deberíamos colegir que José sea un hombre pagado de sí mismo. Es sólo una pequeña parcela en el futuro la que con ese gesto ha querido reservarse, la posibilidad de que su hijo, algún día, pueda decir a quien quiera escucharlo: «Esta mesa la hizo mi padre José, carpintero de Galilea».

Las cuatro sillas con las que José ha adornado su mesa son bastante toscas, y en cada una ha grabado un motivo infantil: un sol en la suya, una luna en la de María, un pájaro y un pez en las que usan los ocasionales invitados que acuden a la casa. Si José pudiera mirar en la entraña del tiempo y viajar al mañana, se sentiría dichoso de ver, algún día, ciertas piedras en las que un cantero homónimo suyo, silencioso y abnegado, cumplido en sus afanes, grabará, a beneficio de la gloria de su único hijo, estas palabras: «*Joseph me fecit*».

Por último, la cama es espartana, sin lujo ni adorno. En ella fue concebido el niño entre el invierno y la primavera, en un lugar de la memoria que a José, en ocasiones, se le vuelve indescifrable, como si él no hubiera estado allí, aunque sus manos y su boca, cada noche que se llegan a María, le entregan razones suficientes para celebrar el cuerpo de esa mujer a quien ama. En esa cama, en su cálida estructura, se concentran las únicas epifanías que José conocerá en su vida.

Mesas, sillas, camas: las brújulas del mundo.

VAV

Cuántas lenguas celebrarán a este niño. Qué gran literatura en torno suyo. Tantísima belleza escondida en las músicas en su honor. Y, sin embargo, qué pocas letras, qué escasos signos, cuán discretos himnos han mirado a este pedazo de su vida.

No hay misterios en esta infancia. Roma es poderosa, los judíos un pueblo angustiado, el desierto una promesa cercana. Abundan los profetas, falsos como todos, porque toda profecía es miseria, y José cumple con su fe como un hombre sensato, pero no encendido por la religión. María teme la palabra divina como se teme a los animales muertos en las encrucijadas. Queda aún en el mundo mucha tiniebla y hedor.

Los pueblos nacen, crecen y desaparecen. Hay rumores de tribus cuyo solo nombre produce pánico. Llegan viajeros que mencionan a un tal Alejandro, que llegó hace mucho hasta el Indo para morir allí de fiebres, de una picadura ponzoñosa, agotado de yacer con cientos de hombres y mujeres, aplastado por elefantes, traicionado por uno de sus soldados, fulminado por el rayo de alguna deidad sobre la que los judíos escupen su desprecio: cada posible muerte del general depende de la capacidad fabuladora del narrador. Nadie, en esta tierra de Palestina, ha mencionado jamás el nombre de Sócrates ni tampoco el de Buda, ninguno sabe qué significa la palabra *ecumene*. Cuando se menciona Menfis la gente rumia su ignorancia sin pestañear. Sólo la ciudad inmortal, lejana, remota, viviendo en el esplendor de sus pendones y sus ejércitos, sólo Roma parece contener sustancia suficiente como para someter al tiempo.

Mentira, también ella caerá. También ella. El ángel de la Historia, yo, la Duración, lo sé.

—Si yo de ti me olvidara, Jerusalén, si yo de ti me olvidara —escucha José cantar a los comerciantes que viajan hacia Hispania, llevando todo tipo de dones: especias contra el mal de la vejiga, plantas que se alimentan de insectos, telas a cuyo tacto las yemas de los dedos se tiñen de rubor—. Si yo de ti me olvidara, Jerusalén, si yo de ti me olvidara.

Y su voz, como una letanía antigua, trae al carpintero perfumes de un mundo atribulado.

ZAYN

Una tarde, con una caravana, llega uno de aquellos iluminados que incendian los desiertos y las ágoras. Viene llagado, cubierto de heridas que lo hacen parecer un sarmiento antes que un hombre. Descalzo, su boca hiede, y los perros se disputan los harapos que viste. Él los aleja ladrando. Espantados, los perros se retiran bajo las higueras y los sicomoros. Desde allí miran al hombre con las orejas gachas.

—Vengo —dice— a hablaros del Ungido. Llegará un hombre que nos sacará de la indolencia, de la apatía, de esta desidia en la que vivimos hace años. Lo reconoceréis por su verbo y por su aspecto. Hablará como un trueno y será bello como un incendio.

José mira al profeta desde la entrada de su casa. No siente ternura por su miseria. En sus oídos las palabras del hombre carecen de eco. Pero María, allá dentro, en penumbra, siente inflamada la lengua, como si hubiera comido pimienta a puñados. Cierta día, melancólica, recordará aquella fuga infinita en la boca del hombre, el miedo como argumento, el ansia, el pavor, las fuerzas oscuras que una simple voz humana pueden convocar.

Porque todo milenarismo es terrible.

JET

La primera palabra.

¿Fue la de casi todos? ¿Articuló él las sílabas de la especie? ¿Perpetró la misma ruta que los demás niños, cumplió el viaje infinito al linaje de cuerpos del que los mortales proceden? Niños de niños de niños de niños.

Sentado ante la planicie abrasada de sus doce, quince, dieciocho meses, qué primera palabra brotaría de su boca.

Mamá.

Papá.

Agua.

Las palabras importantes son siempre cortas. El camino a lo resonante no necesita, no tolera rodeos. Nadie llamaría *idiosincrasia* al mar. Porque lo primero que nombra un hombre es aquello que lo mantiene, lo eleva, lo revela. Hijo del lenguaje, sin él, sin su esperanza de fraternidad, la devoradora oscuridad que lo cerca tragaría su cuerpo.

Agua.

Papá.

Mamá.

Luz, quizá.

Sopla un viento dulce, que trae olores a naranja, y Jesús, sentado en el regazo de su madre, dice algo. Ella parpadea. Un vínculo nuevo. Una forma prístina. Cada vez que un hombre nombra el mundo por vez primera, el tiempo tiembla en su boca. Es un centro hirviente, un volcán cíclico, el viejo sueño de todos los pueblos: la palabra como mano que arranca el velo.

Jesús repite la palabra y María se ruboriza.

—José —grita—. José. El niño.

José acude con sus herramientas en la mano. Hay miedo en sus ojos, un miedo nutrido por la voz urgente de María.

—¿Qué sucede?

—El niño —susurra ella—. El niño ha hablado.

José respira fuerte. No siente en su pecho esa vocación poética de la primera palabra. No es algo que demande su emoción. Sus misterios son otros, se recluyen en el cuerpo de María, habitan a lo sumo en la humilde ingeniería de su taller.

—Me asustaste, mujer.

María contempla a su marido con detenimiento. También Jesús mira a su padre.

Conservemos esta imagen: de pie en el centro de su casa, cuatro ojos contemplan al carpintero con algo parecido al reproche, el desencanto, la codicia de quien sabe y no acepta que el otro no comprenda.

Sopla un viento dulce, que trae olores a naranja. Jesús ha hablado.

* * *

Llega, pues, la voz, y con ella amanece el mundo. La única aurora del hombre es el lenguaje.

Absorta, entregada, María contempla durante horas las idas y venidas del pequeño, la constancia con que se va apropiando del entorno, su alegría insólita cuando comprende que se insinúa una correspondencia entre las palabras y las cosas.

Hay un abismo insondable en ese triunfo. Pensar en las palabras que un día pronunciará, cómo han levantado reinos, construido mentalidades, dignificado a tiranos, salvado a desahuciados, ensanchado aún más la vastedad del planeta. La distancia entre la voz que nombra la tierra caliente de Nazaret y la voz que desgrana el Sermón de la Montaña es demasiado grande para contemplarla sin algo parecido a la atrición.

O al desamparo.

Aquí splende el mito. Jesús el Elegido, un niño preso de la codicia de los comentaristas, detenido al borde de la playa del significado, libre por primera y última vez.

TET

Hay una paradoja profunda en la Sagrada Familia.

Defendida como paradigma, los Tres de Belén reproducen un orden irreplicable, que los convierte en una instancia monstruosa por única: una madre violada por una fuerza ajena, que no pregunta ni concede, que señala y decide sin remisión, que no admite réplica ni desacato. De todas las Anunciaciones que la pintura ha propuesto, el retablo de Simone Martini es la obra que se interroga con más talento a propósito de esta tiranía del Logos. María es, en manos del maestro de Siena, una mujer recelosa que se separa de la buena nueva con gesto airado. Las enseñanzas del arcángel parecen molestarla, distraerla, incomodarla. Busca en el banco en que está sentada una distancia entre lo que se le comunica y lo que quiere defender. María, en esta pintura, es una mujer que *no quiere* involucrarse en las palabras de la potencia celeste.

Y qué decir de José, un hombre que debe aceptar la forma más incómoda de paternidad jamás impuesta. Si María es un cuerpo poseído, una voluntad no escuchada, José es un agente absolutamente pasivo, un hombre doblemente mutilado: en su potencia de varón y en su conciencia de hombre. La Iglesia nunca ha sido generosa con este carpintero pobre, siempre al borde del absoluto desprecio, condenado a vagar como un alma silenciada, ignorada y ofendida, que además, para multiplicar su desgracia, debe acatar con regocijo ser padre putativo de un hijo extraordinario.

Del niño, del vórtice privilegiado, podríamos hablar hasta el final de los tiempos.

No mencionemos a Herodes. Aceptemos la huida a Egipto como un mero motivo para las pinacotecas. Ahorrémosle a Jesús su visita a los doctores en el Templo. ¿Por qué no procurarle a este niño una infancia no predestinada? Nada de arcángeles ni epifanías urgentes; nada de símbolos colosales ni temblores de tierra; nada de marcas divinas ni estelas errantes. Enterrado el Jesús histórico por la pesada losa del Cristo melancólico y doliente, la literatura reclama el privilegio de la imaginación. Al símbolo inventado por Pablo y los evangelistas, se opone el fruto tenue, leve y repetido de un niño cualquiera. Sus miedos, los de todos; sus alegrías, las de siempre; su transcurrir, único y a la vez universal. Frente al Niño Dios cuya historia ha sido escrita a la inversa, desde la Cruz hasta el Anuncio, inventando los gestos y los hechos que lo presentan como el Mesías por llegar, poniendo los efectos antes que las causas, convirtiendo la etiología en una ciencia perversa, el niño hombre que recorre su vida oculta con los mismos derechos e idénticos deberes que sus iguales.

Si las Escrituras son una rama de la literatura fantástica, por qué no postular una forma distinta de propaganda. Después de todo, el Cielo, y con él nuestra esperanza, ha permanecido vacío

desde entonces. Hemos visto lluvias de ranas, eclipses innumerables y cohetes autopropulsados, pero nadie, nunca, desde que el domo ardiente reluce sobre nuestras cabezas, ha advertido el Dedo acusador o el temible Ojo asomando entre las nubes. Incluso en el año 0, la nave *Soyuz* se encuentra ya más cerca de las conjeturas humanas que el perfil de cualquier Hacedor.

Despejemos el camino de zarzas ardientes.

YOD

Durante las primeras semanas, tras su inesperada aparición, como nieve que hubiera caído de un cielo hasta entonces soleado, observan a los recién llegados con recelo.

José, que hace apenas unos meses transformó a su hijo en un monstruo para burlar a ciertos viajeros, siente un estremecimiento al descubrir a la niña albina, cubierta por linos y telas crudas, sus ojos de finas pestañas protegidos tras un velo. La niña es esbelta y fragante, deja un rastro a flores tras ella. Como si a su defecto físico le correspondiera ese beneficio del aroma. Porta a menudo un largo palo en su mano derecha, lo que le presta un aspecto desvalido y a la vez estoico. Una Justicia encarnada. Sabrán pronto su nombre, cuya delicadeza van a repetir con algo parecido a la fatalidad: Lavinia.

Su padre, llamado Numa, como el antiguo rey, un hombre taciturno y reposado, severo pero amable, trabaja para Roma: el Imperio, la gran clave, el término abstracto pero inefable, *caput mundi* de innumerable séquito, con Augusto al frente, lo ha empujado hasta ese alejado rincón del planeta para colaborar en las tediosas tareas del censo. José supone que semejante destino esconde un castigo. Numa nunca desmentirá tal sospecha. Su misterio, en todo caso, sobrevivirá a su marcha, y a la oscuridad pertenece.

Livia, la madre, es una mujer altiva, relegada por las obligaciones de su marido y por la enfermedad de su hija a una existencia incómoda. Nunca se la verá satisfecha entre esas gentes humildes, recelosas, aplicadas. Pasará por ellas como el agua por una roca. Las mojará, pero no las permeará. Y la tolerarán como se toleran el viento o la sal del desierto. Sin entusiasmo. Resignándose a su semblante agriado, a sus extrañas órdenes, a su marchitarse leve pero implacable.

Es una cama el vínculo entre José y el visitante. Numa precisa de un carpintero y las voces lo conducen hasta José. Quiere un lecho especial para su hija. La niña, además de albina, sufre de los huesos, así que José construye una cama parecida a una cuna grande, una barca de madera en la que Lavinia dormirá, soñará y morirá su breve pasaje de romana trasterrada.

Muy pronto la niña se adueña de las horas de Jesús. Con una constancia callada, sin necesidad de recurrir a otra fuerza que a su presencia, su figura blanca y desvalida, suerte de fantasma entre el calor de las dunas y las colinas, puebla los días del pequeño. En la memoria de José y de María perdurará esa estampa de la niña con el báculo en una mano y Jesús agarrado a la otra, sus primeros pasos vacilantes en compañía del aya extraña, tantas veces muda, siempre velada, que es viento, y regocijo, y dulzura en su corta vida, y cuyos huesos yacerán con el tiempo en Palestina.

Soñemos, pues nos es concedida esta magia como el mayor de los beneficios: Lavinia y Jesús,

un mediodía cualquiera, midiendo con paso frágil y meditado la estatura de la Tierra, el sol vertical sobre sus cabezas, la promesa del cercano mar de Galilea, en el corazón de la niña acaso una nostalgia de muñecas que el niño alegre satisface; en el pecho del pequeño, sin hermanos ni todavía destino, una nueva, elevada, insondable forma del amor: no el amor de la carne, la sangre, el vínculo primordial, sino el amor azaroso, tropezado en las esquinas del tiempo, encarnado en esa presencia que camina vigilante y sosegada, su edad multiplicada por el bastón que la sostiene, su blancura un pozo misterioso, sus huesos tiernos roídos desde el nacimiento por una enfermedad austera y cruel.

Alegrías del incendio: Jesús, Lavinia, el paisaje.

* * *

A Lavinia le gustan los insectos y las estrellas. Del hombre, el animal intermedio, huye salvo cuando se encarna en Jesús o en su padre, a quien se la suele ver abrazada en las tardes deslumbrantes, mientras el cielo cruje bajo la embestida de la luz. Es el único momento en que Numa pierde algo de su solemnidad. Las banderas se desploman lacias ante el abrazo de un padre y de su hija. Que grite la tierra, que resuene por sus mil costados, porque el eterno dios respira entre el oso y su cría.

Así pues, insectos; así pues, estrellas. Lo diminuto y lo infinito. Lo caduco y lo eterno. Lo nacido para consumirse en un día y el bólido atónito, sobrio, cuya edad no se compadece ni siquiera de los calendarios imperiales. Pasa Lavinia entre los escarabajos y las hormigas, transcurre entre las gordas y pesadas moscas como una fruta delicada pero inviolable.

Y mira.

Y recuenta.

Y traslada a su imaginación de niña las magnitudes del asombro.

—Jesús —dice en su extraña lengua—: una langosta.

Se acerca el niño a la obra de Aquel a quien un día llamará Padre, algo celeste e incógnito, escondido en las profundidades del tiempo y de la voluntad, que ha derramado Sus signos en forma fugaz, doliente, arrebatadoramente hermosa: madréporas, orquídeas, la cola de los pavos reales. Y toma el niño el animal que Lavinia le tiende, toca la áspera carrocería, la armadura brotada de un código secreto, indescifrable, el escudo en que el monstruo guarda su esencia, su escasa sangre, el alfiler de su cerebro.

Observa Lavinia, en la noche de Palestina, la Vía Láctea allá arriba, el séquito de luces, la geometría airada donde también Él dicen que se halla, enterrada aquí Su gracia en calidad de demiurgo matemático, capataz errante y belicoso, bordados los astros en la negrura como polen derramado.

—Jesús —y otra vez llega el bronce de su idioma—: un cometa.

Se retrae el niño en su cetro de carne, alza los brazos al cielo como si pudiera agarrar la ubre metálica del buque sideral, abre su boca en un *ahhh* infinito que quizá allá arriba Algo escuche con nostalgia casi humana.

KAF

El Verbo es tímido, se resiste a manifestarse. La intuición en la carta del célebre novelista así lo constata: «Los dioses no estaban ya, y Cristo no estaba todavía, y de Cicerón a Marco Aurelio hubo un momento en que el hombre estuvo solo». Entre el silencio de Quienes todo lo conocen y la Parusía aplazada, un cuerpo pasa. Los hombres, entre tanto, transcurren entregados al cultivo de los ya saciados tabernáculos. Se cree, cierto, pero sin demasiado empeño, más como una costumbre que como una vocación; se adora, cierto, pero sin demasiada rotundidad, más por deber que por devoción. Los dioses de Troya están agotados. Sus yelmos deshechos apenas son un adorno o un gesto. César, como todo Poder, sabe que no hay mejor modo de negar al dios que afirmándolo por doquier. El Poder, en el fondo, es ateo; él crea su propia escatología, su posibilidad de un inicio y de un fin. Por eso ya a nadie conmueve la divinización del hombre. Lo que aturde es la maquinaria imperial, las carnicerías absurdas.

Otros son los dones; distintos los frutos. Lavinia y Jesús lo saben. El Libro, un día, lo dirá: hay trigo y cebada en sus páginas (*Deuteronomio*, 8, 7); hay dátiles (*Éxodo*, 15, 27) y hay moras (*Amós*, 7, 14). Hay manzanas (*Cantar de los Cantares*, 2, 3), por descontado, y también almendras (*Jeremías*, 1, 11). Tampoco faltan el comino (*Isaías*, 28, 25) ni la miel (*Proverbios*, 27, 7).

Sabores de la niñez, un mundo interminable. Viéndolos gozar, el cielo se llena de murmullos y sobre la tierra arden las luciérnagas. De noche, entre risas y algún que otro llanto, el deambular de la niña albina y el paso torpe del hijo de José son inesperadas formas de la música.

LÁMED

Lago Tiberíades, mar de Galilea, lago de Generaset. En esta franja del mundo todo lugar posee varios nombres. Es la condena y privilegio de la mezcla de razas, credos y pueblos. Babel a cada paso.

Aquí se obrará un milagro, la física se quebrará en pedazos, Jesús caminará sobre las aguas. Los remos de los pescadores quedarán suspensos en el aire de puro asombro, las redes dejarán escapar a sus peces, el tiempo se detendrá mientras dos pies se desplazan como un viento a flor de agua.

Hoy, sin embargo, es sólo un niño quien por vez primera atisba lo que el Océano es capaz de prometer: la inmensidad, la intensidad, la repetición. Olas llegando a millones desde el fondo de su propio ser, una máquina constantemente renovada, reiterada hasta la náusea. Quién detendrá la última ola del tiempo. Cómo, siquiera, llegar a concebirla.

Conmueve pensar que un hombre destinado a cambiar el curso de la Historia jamás llegó a ver nada mayor que esta extensión de agua que ahora contempla junto a Lavinia. Nadie, hasta donde sabemos, ha reflexionado sobre esta carencia. ¿Puede ser divino un hombre que nunca ha visto el mar? No tenemos palabras suyas enfrentado a esa vastedad incommovible. Quizá, como Jerjes, hubiera dado trescientos latigazos a la planicie indescifrable.

Lavinia introduce sus pies en las orillas templadas. Invita a Jesús a que haga lo mismo. José, que ha venido con los niños desde Nazaret, saliendo con las primeras luces del alba, los observa con fervor. Jesús está un poco mohíno. Se resiste a que sus pies entren en contacto con el agua. Ningún niño, desde que el mono primordial se irguió, ha sido capaz de reprimir sus lágrimas y su frustración al primer contacto con ella. Pero la paciencia de Lavinia, que ni por un instante suelta la mano de Jesús, que ni por un instante vacila ante el deseo del niño de regresar junto a su padre, parece calmar los temores del pequeño. Primero avanza un pie, que retira de modo inmediato. Jesús se acuclilla con gesto implorante. Lavinia, férrea, inesperadamente adulta, se resiste a soltar su mano. Las palabras, en su incomprensible lengua latina, le llegan a José a través del aire sosegado. Hay perros refrescándose a orillas del mar de Galilea; hay familias bañándose, gentes vestidas o desnudas dentro del nicho templado y nutricio; hay docenas de barcas a lo lejos, recorriendo el lago en forma de arpa mientras lanzan sus redes. Hay una paz cotidiana, de ajeteo y fiesta, no muy distinta a la que José halla en su taller, entre el olor de la madera y el sudor de su frente.

Jesús se ha incorporado de nuevo. Agarrado al vestido de Lavinia, apretando sus puños en torno a la cintura de la albina, introduce ahora ambos pies en el agua. Un grupo escultórico: *Niños*

en el mar de Galilea. Nadie ha trabajado ese bronce, nadie ha sublimado ese mármol. Las Academias jamás han comentado esta pieza. Hierática a pesar del peso que lleva con ella, Lavinia avanza unos pasos. El sol pesa sobre las cabezas como un tributo amable. Es un día de la segunda primavera de Jesús. El centauro camina así, dubitativo pero a la vez firme, la blancura de Lavinia como una centella o como un disparo, Jesús un buñuelo de carne que acaso teme pero se entrega. El agua los va cubriendo. Al comienzo sólo los tobillos; el vestido de Lavinia se desfleca, sus pies parecen arrastrar algas; pronto las aguas alcanzan a Jesús hasta las rodillas, el báculo de Lavinia tatea la superficie limosa como la pica de un botero. José, que en otras circunstancias estaría temeroso, se siente y sabe tranquilo. Un sosiego claro lo invade. Lavinia sigue avanzando. Se escucha el relincho de un caballo; cerca, una madre ríe con sus hijos; los pescadores, allá lejos, cantan sin miedo a que la pesca se espante.

Y entonces Lavinia hace algo extraño: se desprende con gesto seguro de las manos de Jesús, da unos pasos en dirección al frente, se vuelve hacia el niño y se arrodilla en el agua. José se ha levantado, impulsado como un resorte. Quiere hablar pero no puede, así que se limita a extender una mano en dirección a los niños. Pero sus pies no se mueven. Está quieto, convertido también él en estatua: de sal, de hierro, de angustia. Jesús destaca en un arco de soledad, un perímetro de agua vacía entre él y Lavinia, cuyo vestido se desparrama como una medusa. La niña sostiene su báculo con la mano derecha mientras con la izquierda hace gestos a Jesús para que avance. El cielo es una cicatriz rosada; el aire huele a mirto; José escucha a sus espaldas el mugido inquieto de una vaca. Y sigue quieto, ahí, contemplando ese segundo grupo escultórico: *Bautismo en el mar de Galilea.*

Porque de pronto, por sorpresa, audaz, Jesús avanza con firmeza hacia Lavinia y ella lo abraza, y al abrazarlo se deja caer hacia atrás, flotando él sobre el vientre de la niña, nadando ella con los ojos heridos y siempre velados hacia la altura del sol, tendida sobre su espalda como un islote de blancura, y por un segundo, ambos, la niña albina y el futuro dios, se hunden en las aguas sin ruido para que el Tiberíades acoja sus cabezas, aunque regresan pronto, exhaustos y aturdidos, como todo cuerpo de hombre que por un instante sumerge su cabeza en el agua, y José, que sigue sin moverse, que recordará sin pavor ese día en que una fuerza ajena a su voluntad lo retuvo absolutamente inmóvil, mientras su hijo recibía de manos de su amiga romana el verdadero bautismo de las aguas, el auténtico, el primero y decisivamente humano, los contempla, ya pasado el miedo, con una sensación de triunfo, los admira mojados y relucientes, la niña sosegada en sus velos, Jesús agarrado ahora con fuerza a su pecho, a ese pecho que nunca crecerá ni dará frutos, que sólo conocerá como remedo de hijo a ese niño postizo, ahora un poco asustado, incómodo pero también satisfecho, reteniendo las lágrimas y tiritando de frío, mordiéndose los labios que se han cubierto de agua, brillantes estelas de moco cayendo desde la nariz hasta el mentón. Y Lavinia avanza así, ciega pero espléndida, saliendo a tierra firme en diagonal, el velo pegado a su rostro y Jesús enganchado a su cintura, hermana y madre universal, figura de la clemencia y del auténtico amparo, dos niños en el vértigo de los calendarios jugando al más bello de los juegos.

Y José los recibe en la orilla emocionado, como si pudiera ver ya la breve y triste vida de Lavinia dibujada en su rostro, como si una revelación de lo fugaz de la existencia de esa niña lo hubiera devuelto de nuevo al movimiento y a la prisa, a la urgencia con que ahora este padre improbable se despoja de su blusón y, desnudo de cintura para arriba, el torso estrecho y peludo, los tendones de sus brazos de carpintero marcados bajo el sol a orillas del Tiberíades, arropa a

los niños salidos del agua, los abraza con una ternura limpia, para componer esta tercera e inevitable secuencia escultórica que ningún taller se ha atrevido a cincelar: *El amor en el mar de Galilea*.

Regresan callados. El carro que los lleva, de vuelta a Nazaret, fatiga los caminos como un emblema de la constancia. José guía a sus mulas mirando al frente, el sol cayendo como un racimo de dicha. Lavinia y Jesús, a espaldas del carpintero, rinden un sueño breve, del que salen cada vez que una curva del camino o un repecho los sacude. La modorra, sin embargo, los vence pronto, y sus cabezas rebotan contra las mantas que José ha dispuesto bajo ellos.

Cuando llegan a casa, ya con el crepúsculo por compañía, el hambre despierta a ambos niños. José les tiende queso agrio y moras dulces. Lavinia y Jesús mastican y chupan con avidez. Fraternos, sosegados, cachorros, se separan en la puerta de la casa de Numa con la promesa de reencontrarse mañana. Jesús besa el rostro brillante y agotado de Lavinia. La niña se expone al beso con una alegría indisimulada. José, en la frontera del ensueño, los contempla arrobado. Su mano cuadrada, de dedos recios y duros, se permite una caricia a los cabellos de la niña.

Esa noche, bajo el plural entusiasmo de las estrellas, no encontrará palabras con que expresar a María la magia de lo vivido.

Porque hay cosas que no se pueden decir, que sólo se pueden mostrar.

MEM

La niñez defendida.

Su orgullo. Su valor. Su tesón.

Los adivino un día remoto, inmunes a la Historia, al margen de su devoradora sabiduría. Lavinia está escribiendo en una tablilla de cera. Lleva un punzón en la mano derecha. Le está enseñando a Jesús, al dios ágrafo, el abecedario latino.

Escritura, bendito oxímoron: sol negro, luz tenebrosa, relámpago oscuro sobre el blanco primordial de la página. Me pregunto cuál sería la palabra que allá, durante los años irrecuperables, estancias del tiempo que nunca regresa, escribió el primer hombre conscientemente.

Lo hago mientras admiro la mano de la niña romana perfilar la frase «*Ego sum Lavinia*», frase que incluye el verbo por antonomasia, aquel que contiene en su flaco enunciado al resto de palabras. Así, la escritura cobra de pronto una dimensión misteriosa, como si, al dictado de esa mano que agarra el punzón sin torpeza, los demiurgos del cosmos fueran convocados al aquelarre de la significación. Pues acaso sea cierto que, cada vez que un niño enuncia un deseo, el mundo renace sin remedio. Ya se sabe que los niños, como el genio maligno que un día soñará la filosofía, imaginan que la realidad sólo existe en la medida en que es contemplada por ellos. Actores avezados, en su conciencia rige siempre el tiempo presente: «ahora», «aquí», «mío». Es el egoísmo del instante, del solipsismo más aguerrido, que sólo la educación y la madurez derrotan.

¿Acaso soy *eso* yo, se habrá preguntado todo niño —Tales, Leonor de Aquitania, Lorenzo el Magnífico, Gandhi, Marilyn— al ver su nombre escrito por vez primera? ¿Transcurro *yo* ahí, en la extensión de esas siete letras que proclaman al que desee leerlo quien digo ser: Lavinia, la hija albina de Numa y Livia, la amiga romana del bebé judío? ¿Es posible que *la vida* —la vida estéril de los objetos, la vida íntima de los animales, la vida derramada de toda esa plétora que no somos «nosotros»— quepa en esos caracteres, tan frágiles como tozudos, en los que la escritura se encarna?

NUN

Esta noche, mientras duermo, el niño me visita.

Sólo que no es un niño, sino un hombre.

Es Jesús en una de sus más celebradas manifestaciones, el Jesús feroz y ardiente que con el látigo expulsa a los mercaderes del Templo.

—¿Por qué estás escribiendo sobre mí?

Pienso que, sin duda, Jesús no es un hombre fácil. La suya es la última pregunta que alguien debería hacerle a un escritor. En realidad, es la única pregunta prohibida. La pregunta a la que no se puede responder.

—Supongo que quiero devolverte lo que te han robado —respondo—. Esos años invisibles. Al fin y al cabo, no hay mayor tesoro que la infancia.

—¿Por qué lo piensas?

—Soy padre —miento—. Eso me ha hecho comprenderlo. No recuerdo mi infancia, pero día a día vivo la de mi hijo.

Él parece dudar y se apoya contra la pared. (El sueño transcurre en la misma habitación en la que duermo. El fantasma de mi hijo no está de hecho muy lejos de nosotros en ese momento). De pronto parece cansado. Como un hombre a punto de desmoronarse. Y yo experimento algo parecido a la piedad. Una piedad soñada, cierto, pero piedad a la postre.

—Pero tú no crees en mí.

—No hace falta creer en algo o en alguien para que nos interese.

—No crees en mí como símbolo. No crees en mis enseñanzas.

Dudo antes de contestar, pero decido ser honesto.

—Entiendo que eso me hace más libre al regalarte una posible infancia. Fuiste un hombre, y todo hombre merece respeto. No me interesa en lo que te convertiste, pero siempre me ha llamado la atención lo que faltaba de ti, la parte invisible.

—Comprendo —dice.

—¿De veras? —pregunto.

—Sí, creo comprenderte, aunque lo que pretendes es un imposible.

—¿Un imposible?

—Más que un imposible, una contradicción.

Ahora se ha sentado en el suelo, recostándose contra la pared. Con la barba y el pelo largos, con la túnica azul y el látigo enroscado en su mano, resulta insultantemente atractivo.

Pienso en Bronzino, en Ghirlandaio, en Rafael.

—Lo que más te molesta de mí es que me hayan convertido en una impostura. Quiero decir, en un personaje.

—Es posible —digo. (Soy consciente de que tanto Jesús como yo parecemos condenadamente enfáticos, como si cada vez que abriéramos la boca enunciáramos una parábola).

—Pero al recrearme, tú mismo cometes otra impostura.

—Cierto —concedo—. No hay ficción que escape a la impostura.

—Entonces es un círculo vicioso. Para destruir aquello que te ofende, creas otra ofensa.

—Es la servidumbre de este oficio —digo—. Tomas el mundo, lo metabolizas y lo devuelves convertido en otra cosa.

—Una paradoja —dice.

—Una necesidad —me defiendo—. Aceptamos que el mundo no se puede *decir*, que ninguna vida cabe en los personajes de un libro, pero que, a la vez, la única manera de dar fe de lo que existe es ésa. Tú sólo tienes sentido como relato. Eres la sombra de un fantasma, el espacio de una posibilidad, una trayectoria entre miles.

Eso parece compungirlo aún más. Se levanta y viene hacia mí. Yo sigo tendido en la cama. Entiendo que es una postura irreverente, que debería levantarme, mostrar cierto respeto hacia el visitante. Pero para algo soy el dueño de este sueño. Yo, el fabulador.

—¿Tienes miedo? —pregunta.

—¿Miedo?

—De lo que estás escribiendo —añade—. Es un libro complejo.

—Miedo no es la palabra —digo. Si aguzo el oído puedo escuchar la respiración de mi hijo perdido en su habitación vacía: la única música celeste que conocí un día—. Tal vez prevención. O respeto. Pero miedo no, es una palabra muy gruesa. Ningún creador debería sentir miedo.

Jesús se sienta en la cama y hace un gesto raro. Pasa la mano por la colcha a mis pies, eliminando sus arrugas. Es un padre en apuros. Un esposo a punto de dar una mala noticia.

—Los viajeros —dice—. El gemelo muerto. La niña romana. Todo eso es mentira.

—No menos mentira que los cuarenta días en el desierto —me defiendo—. O que la aventura del látigo —añado señalando el arma que lleva en su mano—. Hay mentiras que se convierten en dogma y otras que se pierden en el tiempo. Insisto: la vida sólo tiene sentido como relato. Y el relato, por definición, es falso.

Ahora parece confuso. Sus labios muerden una palabra que no llega. Se empeñan en llenar este instante de puro pavor.

—Te deseo suerte —dice antes de levantarse—. La vas a necesitar.

Su voz de oráculo coincide con el final del sueño. Al despertar experimento un raro alivio y una insólita sensación de gravedad, como si mis pies estuvieran atados a la tierra por cadenas heroicas. Corro al escritorio, enciendo la luz y, en medio de la madrugada, como un personaje imaginado por otro, transcribo esta conversación.

Al volver a la cama, un par de horas más tarde, el sueño me coge desprevenido. Caigo en él como un hombre al que hubieran flechado por la espalda.

SÁMAJ

Cierta tarde, bajo los olivos, mientras Numa observa con indiferencia el vuelo de los pájaros y acaso fantasea con la lejana grandeza de las naumaquias en el Coliseo, Lavinia escupe sangre. La mancha carmesí, con forma de estrella, luce como un animal extraño dibujado en su vestido blanco. Es Jesús el primero en advertir el esputo, el fragmento escondido de Lavinia que de pronto se manifiesta. Sus gritos, no de miedo ni de reproche, sino de simple admiración, hacen que Numa se estremezca.

Paladeo la escena mil veces repetida, fecunda variación sobre el tema del amor hacia los débiles. Numa, flexible y rápido, tomando a su hija como a una novia, cargándola en brazos y llevándola en volandas hacia la casa, lejos de los árboles, lejos del sol, lejos de la enfermedad. En su loca carrera, atropella al pequeño dios que apenas ha tenido tiempo para señalar la flor de sangre nacida en el regazo de su amiga.

Numa no vuelve la mirada tras derribar al niño, que se queda en el polvo mientras su llanto, el llanto de su soledad, crece, se consolida y, finalmente, se aquieta. Pienso en esos minutos de soledad y en la magnitud de lo que acaba de descubrir: la presencia de Ella, la feroz, aterradora, insondable noche del cuerpo.

La Muerte ha llegado a la vida de Jesús.

Ese primer roce con sus alas inesperadas, ese primer roce. El niño ahí, tendido en la tierra, derribado por la carrera de Numa y la languidez de su hija herida. El niño ahí, un sabor a cal y a polvo en los labios cenicientos, incomprendible aún en su cerebro el encadenamiento de los hechos: la música de la sangre, la lasitud de Lavinia, la respuesta violenta de Numa, la huida brutal, la caída.

Lo veo incorporarse, mirar en vano a la novia dulce que no puede devolverle el beneficio de sus ojos, ella misma perdida en la cálida tibieza de su vómito, amparada en brazos del padre pero desamparada en su propio cuerpo, un rapto más en su niñez herida, blanca y delicada, Lavinia descendida al pozo oscuro de la inconsciencia, mientras su cabeza oscila y el esfuerzo de Numa pone una melodía insensata en la tarde. Lo veo en pie, ignorado, no sabiendo en realidad qué ha sucedido a su alrededor, por qué esa furia adulta, por qué esa estampida del hombre por lo común sosegado, por qué ese olvido de todo lo que no sea el socorro a la hija herida.

Otra mancha ha quedado en el suelo, firma urgente de un tipo de caligrafía imposible aún de descifrar. Sangre de niña que no conocerá la menstruación, que no llevará en su vientre la condena repetida de la especie, que nunca alumbrará. Jesús, solo y ya sereno, olvidado el llanto repentino, se arrodilla junto al árbol y avanza su mano hacia la simiente secreta, rojo ya virado al negro por

efecto de la tierra palestina, sudor seco y ardiente bebido con saña por esa tierra que un día, en los libros de Historia, abundará en el beneficio de la mácula. Desciende su mano hacia el cuajarón tibio, la palma posada en él como en una harina fecunda, la palma mojándose, llenándose, empapándose en la delicada flor nacida del cuerpo de Lavinia.

A qué supo aquella primera sangre, no suya, no divina, sangre humana y de mujer, sangre femenina en la boca del Cordero, sangre de otro cáliz y de otro sacramento, presencia primera e irrepetible de las llagas más íntimas.

Cuando un pastor, advertido de la figura solitaria junto a los árboles, acuda al rescate del niño, no sabrá distinguir si esa mancha púrpura en los labios es pulpa de fruta, barro o una herida abierta.

—¿Qué haces aquí solo, pequeño?

Y él señalará en vano: a los cielos desnudos, al camino vacío.

AYIN

Escucha la obra, ignora al intérprete.

La rueda de los días gira. Con ella se devana la suerte de Lavinia. Caldos, los más nutritivos; perfumes, los más exóticos; médicos de toda clase y condición. Cien lenguas se mezclan a la cabecera de la enferma entre retortas, ampollas, alambiques. Rostros de griegos cetrinos, semitas adustos, galenos venidos de Roma con la celeridad de un ave rapaz, incluso un mago del Norte, un bárbaro llegado de las últimas fronteras, que durante días llena la habitación de Lavinia con su corpulencia absurda, indigna de sobrevivir en las estatuas, y con las fórmulas desquiciadas de una lengua imposible, ante la que incluso los perros se rezagan en sus carreras.

Escucha la obra, ignora al intérprete.

Jesús tolerado por capricho de Lavinia, antes una mascota o un conjuro que un niño de dos años ya cumplidos, sentado en un cojín como uno de esos bufones que un día poblarán la pintura del Barroco europeo. Una desconocida representación del Hijo, pues, esta de acompañante silencioso de una niña que se pudre.

Porque Lavinia se pudre.

Se pudren sus huesos y se pudre su aliento. Algo sin nombre y con un único atributo —cierta tristeza impía que la enfermedad regala— la devora desde dentro, en las oleadas de sangre cada vez más pálida que, con la constancia de un péndulo, anuente y vencida, su garganta deposita sobre la escupidera de alabastro casi siempre, y a veces, cuando el impulso es más urgente que los reflejos, sobre las sábanas tendidas por las más dulces manos.

Escucha la obra, ignora al intérprete.

Porque lo importante es la música de la Muerte, no la destreza del ejecutante. Porque lo que aquí se dirime, en esta habitación, durante las largas jornadas del último verano en la vida de Lavinia, no es sino la evidencia de cierta injusta distribución de las riquezas y las miserias sobre la faz del mundo, esa incapacidad para la equidistancia que guarda la vida con sus protagonistas, y que tantas veces ha sido utilizada como negación de cualquier principio trascendente. No en vano, de qué dioses no renegará Numa mientras Lavinia se consume ante su mirada, pero no ardiendo con el esplendor de un fuego de artificio antes de explotar, sino con el apagado temblor de los carbones en la chimenea, enfriándose suavemente, minuto a minuto. ¿Sabe Jesús que, por vez primera en su vida, está asistiendo al silencio del Padre, a ese vacío en la voz y en los símbolos que tanto ha aterrado al hombre desde sus inicios, esa orfandad sin parangón de la criatura que muere —o peor aún, que ve morir a quien ama— sin que nada ni nadie acuda en su socorro, sin que nada ni nadie presten sentido ya no a su extinción, sino a la que la precede, la pura, simple, de

pronto intolerable existencia de esa niña, Lavinia, que en su vida sólo ha conocido sufrimiento, enfermedad y dolor?

Escucha la obra, ignora al intérprete.

Transcurre entonces, actor sin palabras, de quien no se espera un gesto de aquiescencia ni un parlamento decisivo, sino apenas que esté, que respire, que parpadee puntualmente, que desde la mañana a la noche, mientras la agonía de Lavinia se dilata, permanezca a los pies de la cama, tierno en su aburrimiento, compadecido acaso en silencio por todos, traído a primera hora por José y antes de cenar recogido por su padre, quien lo deposita como una ofrenda a los pies de Lavinia y lo retira con alivio, como un talismán cada día requisado, alimentado por los sirvientes con dulces que su boca jamás antes ha probado, viandas nuevas, de las que ni siquiera llegará a conocer el nombre, contemplado con negligencia, sin un ápice de curiosidad, por esos médicos extranjeros que desde el primer día lo han tolerado como un capricho irremediable de la niña que se muere, esa que se vacía de luz y de salud, y a quien, por lo tanto, habrá que conceder sin alzar la voz la presencia de este hermano, de este muñeco, de este juguete con corazón.

Escucha la obra, ignora al intérprete.

Y Numa, el padre desolado, y Livia, la madre resignada, maldicen al Panteón entero, desde Baco hasta Vulcano, desde la Abundancia hasta la Venganza, porque de pronto, en la tenue grisalla del verano de Galilea, todos los dioses se llaman Moloch.

* * *

Celebran a la niña con austeridad. Circunspectos. Graves. Heridos pero sobrios.

Romanos.

Quizá por eso un día conquistaron el mundo. Dignos en la adversidad; temibles en la batalla; filósofos y guerreros, una cultura a la que nunca tembló la mano. Legisladores, poetas, soldados eficaces cuando hizo falta amputar, desmembrar, borrar de la faz de la tierra otros organismos.

Lluvia de agosto cae del cielo meridional. Gotas amplias, que resuenan como perdigonazos sobre el mundo viejo y exhausto. Numa, hierático y enorme, recortado contra el polvo de los desiertos, entra en la habitación donde yace su hija. Los hombres y mujeres que no entienden su lengua lo contemplan con respeto. Numa se acerca a la niña y la besa en la boca. Después, irguiéndose como un tótem oscuro, cumple el ritual.

Y dice:

—Lavinia.

Sólo el silencio se escucha pasar.

Y repite:

—Lavinia.

Apenas el gemido de una madre rendida.

Y concluye:

—Lavinia.

Tres veces aludida, tres veces muda, Numa, y con él el ancho mundo, aceptan la verdad de la ceremonia: la niña no regresará. Está ya presa de otras circunstancias.

Livia se acerca y lava con perfumes y agua del Tiberíades el cuerpo de su hija. Jamás volverá

a tocarla. Jesús, en un ángulo de la habitación, contempla las manos descarnadas sobre el cuerpo tan joven. Paradoja de la muerte prematura: es el vivo quien parece muerto.

Livia reposa una guirnalda de flores en el cabello de Lavinia. Numa tiende un óbolo a su esposa. Caronte ya tiene su paga. Lavinia puede satisfacer su último viaje. Luego el padre la toma en brazos, como una sábana raída, y la deposita sobre una litera. Sus pies apuntan al mar lejano. La lluvia los moja en el umbral de la casa. El mundo se detiene en esta música.

La pira, quinientos metros más allá, está protegida bajo palio. Una gran cerda yace destazada. Huele a sándalo y a excrementos. Las moscas zumban su aquelarre. La gente aguarda en silencio. Y ahí llega el cortejo: Numa con la caja abierta oscilando sobre su hombro derecho; Livia unos pasos detrás; e insólito, presencia familiar y al tiempo asombrosa, el pequeño Jesús, vestido con sus mejores prendas, de la mano de su madre, ambos romanos por un día, ambos consentidos en este ritual ajeno por deseo expreso de la muerta.

El fuego estalla bajo el verano inmenso. La lluvia se retrae. Jesús se lleva una mano a la mejilla ardiente. Experimenta miedo ante ese azote que es el crepitar de la madera, que insinúa una crueldad inédita. Cómo un padre puede quemar el cuerpo de su hija. Soltándose de la mano de María, Jesús escapa en dirección a la casa. Nadie, ni siquiera su madre, vuelve la vista hacia él.

Cuando la pira sea un amasijo confuso de calor y negrura, y los huesos de Lavinia ya sólo ceniza leve, lo hallarán sobre el lecho de la amiga perdida, abrazado a su ausencia como un náufrago a una tabla.

PEI

Semanas después del funeral, Numa y Livia, con sus lujosos enseres y el peso insoportable de sus corazones rotos, regresan a Roma. El ajetreo de su partida convoca a quienes por un tiempo han sido sus vecinos.

Se cobran los humildes la victoria pírrica del superviviente. Apostados a ambos lados del camino, como estatuas vivas, los censados contemplan la marcha del romano y de su esposa. Lo que dejan atrás ya sólo a ellos, a los naturales del país, pertenece. Vagará Numa por las gigantescas estancias del Imperio, asistirá Livia a las renovadas representaciones del placer y de la música, pero la niña de su carne, lo que queda de Lavinia, reposará para siempre en el polvo de este rincón del mundo. Todos los almacenes de Roma no podrían llenarse con la ausencia de la hija muerta.

Numa y Livia pasan a caballo, montados a lomos de esos sementales blancos como leche que dibujan una estampa magnífica aunque vacua. Desde allá arriba, desde la altura del animal más bello, una suerte de majestad adorna a los que parten. Pero basta contemplar las arrugas del rostro viril del padre para advertir la farsa que se esconde tras tan solemne aparato; basta fijarse en la curva de los hombros derrotados de la madre para comprender que ciertas formas de la dignidad resultan insostenibles aquí, ahora, en el instante de la deserción.

Para doblegar su melancolía, Numa y Livia deberían ser capaces de cargar con toda la tierra palestina, llevarse a su propiedad romana, a sus jardines fragantes y sus veladas con citaristas, a sus lecturas de poesía griega y sus baños privados, el fragmento entero de mundo que media entre Séforis y Samaria, cada centímetro cuadrado del mapa que se extiende entre el monte Carmelo y el río Jordán. Y aun así, aunque fueran capaces de apretar contra sus pechos toda esa extensión del planeta, entre los dedos se les escaparía aquello que un día alumbraron divinos e inconscientes.

Por ejemplo, la risa de Lavinia.

Antes de que los romanos desaparezcan para siempre, tres figuras en pie reclaman su atención. Son esa otra familia, ésta sí completa, que ha pautado su presencia en Palestina desde el inicio: el carpintero, su joven esposa, Jesús.

Numa desmonta de su semental y se aproxima al de Livia, que lleva una caja entre las manos. Ayuda a descender a su esposa. Ambos avanzan hacia los judíos y se detienen ante ellos. Numa desearía abrazar a esa familia, pero sabe que no debe hacerlo. Ellos se quedarán aquí, tendrán que vivir aquí el resto de sus vidas. Y el abrazo de un romano quizá pese fatalmente en la memoria de sus convecinos. Livia experimenta una ternura menos intensa, pues desconfía de estos arrebatos tan queridos por los hombres, pero también ha tomado cariño a esta trinidad extraña que tan

presente ha estado durante el final de la vida de Lavinia. Entonces, de la caja que sostiene, extrae los regalos que deposita en cada mano.

Y a José le entrega un compás de carpintero hecho del más ligero y fiel de los metales; y a María le entrega una fíbula de jade; y a Jesús, que observa a sus padres y a los padres de su amiga muerta con párpados aún hinchados por el llanto pertinaz, a Jesús, que al borde del camino recibe a esta reina maga de la que nunca, jamás, ha conocido una caricia, a Jesús le tiende un escriño de marfil en forma de tortuga.

Cuando el niño desmonta el caparazón del animal, encuentra dentro un puro fragmento de la emoción del mundo: un tirabuzón blanco del cabello de Lavinia.

TZADI

Pasan los meses, y con ellos sus rencores, sus fatigas, sus triunfos.

José abreva en sus costumbres, dignificado por el trabajo. Es paciente y meditabundo; es diáfananamente humilde. María va ensombreciéndose poco a poco, cada vez más nostálgica del gemelo muerto, fracasada en su deseo de una nueva concepción, envejeciendo deprisa, como un fruto expuesto a un sol inclemente. Jesús crece como crecen los niños en el tiempo: confiado y a la vez ambiguo, fiel a los animales y a la tierra. Sus juegos poseen la constancia de una vieja musa. Son pocos, son pobres, son sosegados. No es audaz ni salvaje.

Un abismo se abre ante nosotros, los soñadores. Y en cada bifurcación del camino, en cada posible correspondencia entre el azar y las cosas, la huella más o menos profunda de lo que pudo haber sido. ¿Se fracturó algún hueso este niño? ¿Conoció el azote de la fiebre y de las infecciones? ¿Sintió temor ante el fuego, el huracán, las tempestades? ¿Tuvo noticia de la nieve? ¿En qué instante renunció a las matemáticas? ¿Fue verdaderamente ágrafo o pudo escribir sus logros y desconciertos? ¿Qué trazo impetuoso habría dejado para la posteridad más allá de sus palabras, las que otros escucharon, las que otros recogieron? ¿Fue tentado por algún soldado del Imperio? ¿Conoció caricias inesperadas y roces de otros cuerpos idénticos al suyo, prisiones de la inteligencia y de la sensibilidad? ¿Qué color amó más: el naranja del atardecer, ese *tramonto* episódico de las estampas turísticas, o el malva del cielo preñado de lluvia? ¿Acaso el blanco insoportable del sol que calcinaba las colinas de Jerusalén?

Tantas preguntas.

* * *

Aunque hace ya tiempo que no recuerda su rostro, aunque hace ya meses que no se acerca al lugar donde la niña ardió, Jesús lleva en un colgante al cuello, dentro de una esfera de madera hecha por su padre, el tirabuzón de su amiga. Lo lleva por escrúpulo o por superstición. En realidad, Jesús ya no posee un recuerdo claro de quién fue Lavinia.

Tiene cinco años.

Ha conocido la familia.

Ha conocido el lenguaje.

Ha conocido al extranjero.

Ha conocido el amor.

Ha conocido la muerte.

Su experiencia del mundo, aunque parezca exagerado decirlo, es ya muy intensa. En su corazón anidan todas las semillas del futuro bosque. La infancia dura poco, pero dura siempre, y las imágenes a las que la emoción se abre por vez primera acompañan hasta la tumba. La educación del hombre apenas es un soplo. Millones de años de evolución lo han hecho infinitamente plástico, tanto en su aspecto como en sus inclinaciones, pero los cimientos de la estructura, los ríos que alimentan el mar interior, siguen siendo pocos.

Quieto en la tarde invernal, Jesús extiende la mano, abre la rosa de carne en la que se contienen las cinco huellas de sus cinco años. Contempla esa blanda paleta abstraído y gozoso, consciente acaso de que el tiempo está pasando por su sangre, de que la edad lo nutre y eleva, de que en un recodo del camino, detrás, allá lejos, va tejiéndose una figura reconocible, única, distinta a todas las habidas, distinta a todas las que un día llegarán.

QOF

Ni horcas, ni guillotinas, ni cámaras de gas. Ni hachas, ni potros de tortura, ni altas hogueras. La más notable máquina de matar ideada por el hombre ha sido un árbol.

Alzada en el bosque, escondida entre ruinas, expuesta junto a los adarves de las murallas, levantada en patios de ejercicios o dispuesta al borde del camino, por donde pasan las caravanas y sus gentes, la cruz combina en su estructura el impacto de la geometría con la profundidad del símbolo. Es bella y resonante, como todo lo simple. Su estatismo es demoledor. Su eficacia, abrumadora. Cuerpos sostenidos por su propio dolor y encarnados en madera doliente. Cuerpos que agonizan con paciencia mineral bajo el sol, la lluvia, los escupitajos. Cuerpos que se desintegran a la vista de los astros y de sus semejantes: insolentes, desamparados, ferozmente conscientes.

El tumulto llega a oídos de María mientras regresa de comprar provisiones. Los romanos han crucificado a un hombre acusado de violar a un niño. Velos y vestidos flotan en el aire, perdiendo el aliento y las sandalias. Se mezclan mujeres y viejos, cojos y atletas, hombres atareados y una colonia de ociosos. El fasto de la ejecución oscila entre el júbilo y el asco.

Atado a las alturas por su propio dolor, la víctima implora compasión en una lengua confusa, hecha de sollozos y gritos, que recuerda a la agonía de un animal. Desnudo sin la misericordia del pudor, cubierto de sangre el torso, los clavos que sujetan al espantajo destacan ante los ojos de María como medallas intolerables. Una arcada cubre su boca, aunque siente en su vientre un raro estímulo. Es un sentimiento exclusivamente humano: fascinación y repulsión a un tiempo.

Contempla la madre de Jesús al hombre en su tormento y los minutos la enredan en su danza confusa. Alrededor de la víctima se organiza un improvisado campamento. Aparecen vendedores de frutas; asoman gentes que llevan gallinas o cabras; un barbero ofrece sus servicios a los descuidados. Los soldados romanos observan a los espectadores sin disimular su desprecio. En su ánimo, no se puede comparar esta costumbre importada de Persia con el ejercicio bellamente ritualizado de una decapitación. En este árbol siniestro sólo mueren los perversos, los miserables, los más sucios y detestados entre los hombres.

María ha reconocido al ajusticiado. Es el profeta que hace años pasó frente a su casa anunciando la futura llegada del Ungido. Pero en qué lugar ha quedado ahora su dialéctica. El dolor, en efecto, es un maestro implacable. Nada sobrevive, bajo el cielo de Palestina, de aquella voz tonante y malhumorada, que parecía hecha de fuego.

Poco a poco, con el paso de las horas, la costumbre va ganando a la matanza, y la mayoría de observadores, salvo unos pocos vagos y algún que otro idiota, regresan a sus tareas. Por eso llama

tanto la atención esa figura de mujer a la sombra de la máquina cruel, con las manos colgando a sus lados, igual que banderas sin viento, y la boca, muda y asombrada, abierta como una hucha llena de espanto y hambre.

* * *

Tantos prosélitos admirarán esta imagen de María al borde de la cruz, esperando el descendimiento de la carne. Sus nombres son hoy patrimonio de la humanidad y los mapas. Su voz, su confianza, su palabra se extenderán por el territorio fértil y legendario de la cristiandad, incapaz todavía de hallar su centro físico, el asiento de su aventura espiritual.

Andrónico en Roma, Apeles en Esmirna, Aquila en Corinto, Aristarco en Apamea, Narciso en Atenas, Ignacio cautivo en un barco rumbo al martirio de Trajano. Todos, a su modo, desde el misterio de la fe, venerarán esta imagen como el instante sagrado de la reconciliación, la llama nunca apagada de un destino más grande que las vidas que lo circundaron: la Madre estéril, doliente, destinada a perdurar, ligada a la rotación del planeta por el sufrimiento silencioso de su niño crucificado junto a dos ladrones.

Todas las madres han abrevado en esa cruz. Yo lo he visto.

Todas.

RESH

Ellos ya se marchan. Aunque todavía no lo saben. Por eso quiero regalarles esta última escena antes de que desaparezcan por la puerta de la Historia. Son María y José en la cama, reunidos en una única piel, tras la gimnasia del amor.

Un día futuro, entre las brumas sajonas, muy lejos de esta tierra ardiente y dramática, un monje benedictino, conocido por Beda el Venerable, rescatará para el mundo una de las metáforas más conmovedoras de lo que la vida significa.

La vida, escribirá Beda con palabras que parecen de mármol pero pesan menos que la lluvia, es un pájaro que sale volando de la oscuridad, aletea mientras cruza por un salón iluminado y regresa a la negrura de la que surgió. María, José, todos nosotros somos ese pájaro que late entre dos tinieblas apenas un instante, pero María y José han tenido la fortuna de volar juntos, de cruzar el salón iluminados por su propia luz, la misma que los reúne ahora en la quietud codiciada de los cuerpos.

El niño, Jesús, su hijo, fatiga cerca de ellos el sueño humilde de los niños de todas las edades, de todas las razas, de todas las patrias. El mismo sueño que allá, en la noche oscura del Paleolítico, hace más de dos millones y medio de años, en Kada Gona, en Afar, en la ancestral Etiopía, algún padre sin identidad miró dormir a su hijo sin nombre. El mismo sueño que aquí, en mi noche oscura del alma, tantísimas lunas después, este padre que escribe sobre los niños sin infancia añora con la esperanza de quien un día gozó del músculo, la vena y la carne solícita, aunque hoy sólo posea el esplendor y miseria de las palabras para conjurar la desdicha de lo que entonces fue, pero ahora ya no es.

María respira saciada; José se estremece. La vida, terrible y maravillosa, los celebra. El pájaro, en algún lugar del mundo, aletea con fuerza.

SHIN

—Casi has terminado el libro.

De nuevo aparece en la aduana del sueño, como imperecedero de sí mismo, Jesús en llamas, bello y cristalino como los maestros italianos lo retrataron. Pero esta vez no lleva látigo. Sólo una túnica blanca y sin adornos, que recuerda la austeridad de Lavinia.

—Sí —digo con algo parecido a orgullo en la voz—. Sólo me resta despedirme de ti.

Jesús me contempla tendido en la cama. Estoy en pijama, desaliñado y con barba de semanas, al alcance de mi mano el repertorio del insomne: novelas policiacas, una radio, fármacos contra los asesinos del sueño.

—¿Quiénes son?

El sueño, que tiene sus propios caprichos, sus mapas innegociables, ha querido que una fotografía cuelgue sobre el cabecero de mi cama. Una fotografía que sólo existe aquí, en el espacio íntimo de la ensoñación. Así que debo girar el cuello y alzar los ojos para descubrir lo que yo mismo desconozco.

—Mi esposa y mi hijo.

Aunque esa fotografía nunca se hizo, sé que la he revelado un millón de veces en la cámara oscura de mi corazón. Están en la playa, frente al mar, enmarcados por nuestro paisaje cotidiano, los puntos cardinales de mi cordura y de mi derrota.

—Tú no me has dado esposa ni hijo —dice mirándose el dorso de las manos, como si buscara en ellas el rastro de una tarea reciente.

—No —concedo—. Pero te he dado padres, amigos, un lugar en el mundo. Todo lo que una infancia precisa para merecer ese nombre. Tu historia se detiene ahí. El resto no me interesa.

Vacila antes de hablar, como si fuera a decir algo incómodo.

—¿Están aquí? —pregunta entonces.

—¿Quiénes?

—Ellos. Tu esposa. Tu hijo.

En sueños puedo volar, respirar bajo el agua, hablar de filosofía con Aristóteles o de política con Maquiavelo. Sin embargo, en este sueño parece que no puedo mentir.

—Ellos se fueron hace tiempo.

—¿Lejos de ti?

—Muy lejos, sí. Pero en direcciones distintas.

—Entiendo —dice.

Pero no entiende, claro, cómo va a entender. Aunque tampoco me importa que lo haga o no. Él

no ha venido al sueño para regalarme compasión o conocer la empatía.

—No ha sido un viaje demasiado largo —dice—. Unos pocos años nada más.

—A mí me ha parecido infinito —digo—. Nunca había escrito un libro tan difícil.

—¿Pero te ha hecho feliz? ¿Te ha hecho bien?

Las estanterías de mi biblioteca, esa que existe en el mundo de la vigilia, están repletas de libros que reflexionan sobre el sentido de la literatura. Por qué se escribe. Para qué se escribe. Cuál es la finalidad de todo este esfuerzo a menudo ingrato. Son libros inútiles y a la vez profundos. Todos esconden un punto de verdad, pero ninguno es *la* verdad. Quizá porque no hay verdad ninguna que desvelar en este caso.

—No lo sé —confieso—. No creo que la literatura sea algo que tenga que ver con la felicidad o con el bienestar. Supongo que es algo que hay que hacer porque no queda otro remedio. Como respirar o comer. Si no respiras, mueres; si no comes, mueres. Hay personas, sólo unas pocas en realidad, que si no escriben, mueren.

Aquí está. Mi granito de arena al debate eterno. Una vez más, lo único que hacemos es glosarnos unos a otros.

—Entonces te he salvado la vida.

Ríe Jesús. Ríe su creador. Reímos juntos en esta habitación sin esposa ni hijo, punto vacío en el espacio del sueño poblado por esta doble presencia fantasmal: la del hombre que sueña, la del hombre soñado.

—Sí —digo—. Digamos que ése ha sido tu mejor milagro.

Entonces se desvanece.

No desaparece de golpe, como un objeto que guardamos en un cajón o como una piedra que arrojamos al agua, sino que se va apagando poco a poco, como una lámpara que se quedara sin aceite. Lo veo marchar en silencio, desde mi cama de escritor, sin sufrir por su marcha, con la sensación de que es un viejo amigo al que no tardaré en reencontrar.

Y cuando apenas es un punto de luz ante mis ojos, una silueta borrosa adornada con una túnica blanca, agito estas dos manos grandes y generosas, las que mis padres me dieron, como si fueran alas firmes y seguras que algún día, en el futuro, me llevarán hacia otro país y hacia otro misterio, hacia un lugar más benigno entre las ruinas de los hombres y los estragos del tiempo.

TAF

Hay una mano de niño. Y hay un hilo delgado pero firme. Y hay un armazón de madera flexible. Y hay una tela cosida al armazón, teñida de rojo y con un círculo blanco bordado en su centro.

Y está el viento.

Es una cometa: rudimentaria, milenaria, humildísima. José la ideó y construyó, María la decoró, pero es Jesús quien la vuela. Es Jesús quien corre sujetando el hilo bajo el cielo del verano. Es Jesús quien pierde el aliento y gana la risa mientras allá arriba la pequeña bandera sin nación es bendecida por las corrientes del aire. Es Jesús quien cae y se levanta, quien yerra y acierta, quien aprende a manejar el pájaro que vuela por encima de los afanes de las tribus y de las lenguas.

Infancia: tesoro inextinguible, única verdad segura, hogar y cauterio. Te he regalado una infancia cualquiera sin otro ánimo que cierta justicia poética. Devolverte lo que otros te negaron. O ignoraron. U ocultaron. Pero ahora te dejo ir, niño plausible, niño soñado, niño intolerablemente humano al que sentir como propio, pues todos los niños del mundo son en realidad nuestros hijos.

Otra vez se eleva la cometa y Jesús corre sobre el perfil de Palestina. Alza los ojos, niño de todos, y ríe.

Ninguna alegría mayor podría entregarte.

LA PIEL

XXI

Contemplada desde el cielo, Creta recordaba a un pez arcaico, de una edad oscura, una especie extinta de monstruo marino que hubiera encontrado su lugar en las viejas cosmogonías junto a los dioses, los titanes, el amanecer de la cultura. Sin embargo, dentro del aire enrarecido de la carlinga, que olía a desinfectante y a sudor, Helena no contemplaba el azul del Egeo ni sus olas que agitaban los vientos etesios, sino que meditaba, con los ojos cerrados, acerca de otro tipo de pez no menos legendario que nadaba dentro de su propio vientre.

Hacía ocho semanas que el pez estaba ahí, pugnando por sobrevivir, y al fin había abandonado su condición de embrión para convertirse en feto. Helena llevaba consigo al todavía diminuto pez como a una presencia inesperada, aún no sabía si deseada o temida, y esperaba hallar en la isla las respuestas a esa duda. Ni siquiera conocía a ciencia cierta quién era el padre del pez, aunque ninguno de los candidatos posibles calentaba demasiado su corazón. Eran presencias reales, cierto, pero sus contornos resultaban tan difusos e intercambiables que llegaban a anularse. No era el amor la fuerza que los había anclado a su vientre, un pensamiento que a Helena no le inspiraba reparos éticos, sino la evidencia estricta y poco romántica de un impulso placentero que había sido satisfecho. En todo caso, ella nunca negaría la vida al pez por el hecho de que no fuera fruto de una pasión poderosa. Las razones de su recelo no eran de esa naturaleza, sino que apuntaban a una pregunta más profunda: qué la legitimaba para traer una luz nueva al mundo.

Otro tipo de luz, sin embargo, la deslumbró al abandonar el aeropuerto de La Canea. Ni los gritos de los taxistas ni el abigarrado despliegue de los turistas escandinavos e italianos lograron distraerla de aquella acometida salvaje, un aire diáfano que caía del cielo igual que un manto hecho de la más pura tela, inflamando sus poros con algo parecido a la dicha.

Una palabra acudió a sus labios: *bendición*. Sí. Aquella luz era una bendición.

Y pensó agradecida que, de un modo azaroso, quizá había llegado a un lugar donde el mundo, cada día, celebraba su origen.

XXII

Primero había que viajar en dirección este, dejando a la izquierda el carrusel de playas punteadas por palmeras e iglesias ortodoxas, mientras se toleraba con paciencia el denso tráfico de camiones y la aberrante conducción de los isleños. Pero toda esa urgencia quedaba enterrada por la belleza del paisaje. La luz seguía ahí, absurda de tan inmaculada, como si el tiempo se hubiera detenido en una cifra del asombro. La luz era tan intensa que, de hecho, procuraba una paradoja que Helena no recordaba haber vivido antes: el sol no se veía. La luz no parecía irradiar de astro alguno, sino nacer de su propia voluntad, como un organismo autofecundado, que se reprodujera por partenogénesis.

Alcanzado Retimno, se giraba entonces hacia el interior, en dirección al sur, para enfrentarse con las primeras alturas, pues Creta es engañosa, una isla escarpada. No en vano, el monte Ida fue el lugar donde Amaltea amamantó al niño Zeus. Y había que buscar un lugar retirado para huir de la furia de un padre tan peligroso como Cronos. Así, la carretera hacia Kerames, su destino final, resultaba accidentada: valles cuajados de olivos, rebaños de cabras por doquier, promontorios custodiados por cementerios armenios, un pavimento salpicado de grietas, como si se viviera bajo la vigilancia de un terremoto perpetuo, y la mole del Siderotas: augusta, solemne, mineral.

De modo que cuando alcanzó el pueblo estaba cansada, hambrienta y se había perdido varias veces. Pero no le importó. La vista sobre el mar de Libia la sobrecogió. La isla componía allí una tesela de rocas desnudas, sin vegetación, y de recogidas playas formadas por guijarros pulidos como huevos, con huellas de incendios recientes y colinas que venían a morir directamente a la orilla del mar, redondas, blandas y cálidas como las tetas de la vieja nodriza.

Sí. Amaltea parecía estar en todas partes, derramando su leche no sólo sobre la boca del dios tonante, sino sobre el mundo antiguo y saciado. Muy pronto comprendería Helena que el mito, en Creta, era algo más que una colección de imágenes edificantes o un entramado pedagógico.

Qué vieja era aquella paz, pensó.

Al bajar del coche frente a la iglesia, el viento estuvo a punto de derribarla. Él sería su compañero inseparable durante su estancia en la isla. Un viento que, a pesar de su violencia, operaba como un lenitivo sobre el ánimo, incluso durante las noches en que sonaba con la fuerza de mil órganos: una especie de sedante salvaje.

Caminó unos metros hasta encontrar la casa. Dos plantas, espartana, un rectángulo de cal y hormigón expuesto a los elementos. Habitaciones frescas, pasillos ventilados, cristalerías sin cortinas. Una geometría primitiva en un entorno simple. Una arquitectura de la emoción, no de la intelección, nacida para ser vivida y gozada de modo natural, con la constancia de la respiración.

En el tejado, hijas de otra sensibilidad, un rosario de antenas parabólicas. Un puñado de olivos del lado en que la casa se orientaba hacia el mar, un perro flaco jadeando bajo un tejadillo de uralita, las inevitables cabras rumiando el paso de las horas.

Y siempre, de fondo, el viento gobernando su música.

Gritó en voz alta un par de veces y nadie acudió. A la tercera llamada una mujer pequeña, de ojos ardientes, salió del interior de la casa secándose las manos en un delantal. Dijo llamarse Vagelio, aunque todos en Kerames la conocían por Miss, por alquilar su casa a extranjeros. Helena y ella intercambiaron información en un inglés dudoso, un idioma que, con cada frase, se parecía cada vez más a una mezcla de todas las lenguas soñadas, una especie de esperanto intuitivo. Convertida la incompetencia en virtud, al final ambas se rieron de su desconcierto. Pues aunque no habían entendido casi nada de lo que se habían dicho, nada tenía que ser explicado una segunda vez.

El hermano de Miss, un hombre bigotudo y callado, picado de viruela, llevó el equipaje de Helena hasta su habitación. No la saludó ni la miró, aunque trató sus maletas con el mismo cuidado que si contuvieran un tesoro de porcelana china. Fue el primer contacto de Helena con el carácter rudo y distante que adornaba a los varones cretenses, un carácter que se le antojó atractivo aunque teñido de fatalidad.

Echada en la cama, con el mar ante sus ojos como una sábana rasgada, sintió que dentro de ella el pez reclamaba su atención. Pero aunque quiso adornar con palabras antiguas la querella entre su cuerpo y el tiempo, no fue capaz, en aquel instante de reposo, de encontrar motivo alguno para la emoción o para el desasosiego.

Durmió plácidamente, con un sueño de bruto.

XXIII

Helena había llegado a Kerames siguiendo el consejo de una novelista de renombre, de la que era amiga desde hacía tiempo, y con la que mantenía una relación lo suficientemente estrecha como para poder contar con su ayuda a la hora de encontrar un lugar donde ocultarse y lo suficientemente adulta como para no esperar de ella algo tan incómodo como la compasión o, incluso, algo tan obsceno como la compañía.

Helena, que era una lectora feroz pero generosa, más dada al entusiasmo que a la querella, entendió entonces, escondido tras su propio gesto, lo que ciertos autores perseguían de modo no siempre evidente: encontrar un lugar al que escapar. En efecto, unos pocos escritores colocaban entre sus personas y el mundo el muro de su trabajo. La paradoja de la escritura asaltó así a Helena mientras reflexionaba acerca del futuro de su embarazo. Porque lo que, en apariencia, era desnudez, visibilidad, aparición, significaba una estrategia para el ocultamiento. Los verdaderos escritores sólo escribían para no tener que mostrarse. Daban a luz al pez que llevaban dentro y esperaban que él hablara por ellos. O lo arrojaban por el desagüe y seguían ocultos.

Sus primeros días en Kerames transcurrieron, pues, pertrechada tras las historias narradas por otros, un elenco de nombres importantes y duraderos. (A Helena, con una sonrisa divertida en los labios, no le importó reconocer que su amiga novelista, su cicerone en la invisibilidad, no se encontraba entre esas presencias importantes y duraderas. Sus libros eran de una frivolidad insoportable. También, es justo decirlo, gozaban de un notable éxito). Por las mañanas desayunaba en su terraza, con el mar a la vista, agitado siempre por los vientos que animaban las olas blancas. Olas que a Helena le hacían pensar en la espuma de los belfos de centenares de caballos; dibujos de aquel viento que ajustaba los perfiles de cada objeto, lavaba la piel del mundo, arrancaba a la materia cuanto sobraba o estaba de más.

Desde la terraza, mientras comía galletas, melocotones y yogur, sin periódicos ni radio, sin teléfono ni televisión, abrigada en su cápsula vacía, admiraba cómo los olivos componían figuras imposibles, cómo las higueras se cimbreaban igual que ropa tendida a secar, cómo la tierra revivía cada amanecer bajo aquel soplo infalible. Después se duchaba, subía al coche y recorría los kilómetros que la separaban de las playas cercanas: Ligres, Pírgos, Triopetra. Era hermoso acudir allí, en casi completa soledad a pesar de ser pleno verano, y saber que en el norte de la isla, a escasa hora y media en coche, la gente peleaba con ardor por conquistar un metro cuadrado de arena. Había en aquella soledad, no importunada por familias ni turistas ruidosos, una soledad compartida con otros pocos asiduos iniciados en el secreto de aquellos lugares, una paz maravillosa, que durante su estancia en la isla la haría fantasear, en más de una ocasión, con la

idea de permanecer allí para siempre, huida de todo y de todos.

Así pasó aquella primera semana plácida y meditativa, tan serena que en ocasiones, al regresar de noche a Kerames, Helena comprendía que no había cruzado una sola palabra a lo largo del día con ningún ser humano. Ella y su pez, a merced del viento y de los libros, en un rincón del mundo labrado en la lengua de las melopeas y los oráculos, aprendiendo el bello, noble y decisivo arte de desaparecer.

XXIV

La primera vez que vio al hombre pensó en una antigua película sin título, nacionalidad ni banda sonora, viva en su corazón por efecto de cierta educación sentimental. A lo lejos, recortada contra el mar, una figura alta, vestida de blanco y negro, con sombrero y un bastón en la mano izquierda, avanzaba hacia ella sin prisa, retirada unos pasos de la orilla. Era una escena tranquilizadora y plácida. Un hombre dibujado por una mano sabia entre el cielo, el sol y el mar, y una mujer que lo veía aproximarse.

Tardó un buen rato en llegar hasta ella, y cuando lo hizo Helena ya había olvidado que había visto al hombre. Quizá se hubiera adormecido. O quizá él se hubiera entretenido curioseando entre las rocas y el tiempo había volado. Era un hombre maduro, que había dejado atrás hacía años la frontera de los sesenta. Pero quedaba en él un vigor fresco todavía. Helena pensó, al ver sus hombros cargados y sus manos anchas, en un remero. Al pasar a su lado, ella hizo un gesto pueril: taparse los pechos con el libro que estaba leyendo. Él respondió a su pudor con un ademán antiguo: llevarse dos dedos al sombrero. Helena se supo ridícula.

No pensó más en el hombre hasta la hora de la comida, cuando lo vio llegar al restaurante de la playa, donde se reunían los habituales de cada día, en su mayoría jóvenes griegos que dormían en tiendas de campaña en la arena, parejas o grupos de amigos que huían del calor del continente durante los meses de julio y agosto, hombres y mujeres que sólo parecían conocer la euforia o la melancolía, viajando a bordo de camionetas alemanas y llevando aros en la nariz y en el ombligo, tatuados como maoríes y rodeados de perros, dueños de negocios de fotografía, diseñadores gráficos o simples desocupados que jamás la miraban y hablaban entre ellos con la morosidad de su lengua, un idioma que para quien lo desconocía, como era el caso de Helena, resultaba una invitación perpetua a la somnolencia.

El hombre se había sentado en la mesa vecina y se había dirigido en griego al camarero. Había comido feta, tomate, pepino, aceitunas y sardinas. Había bebido agua y una botella de *retsina*. Ella lo había observado con disimulo. Él no la había saludado. Helena recordó su gesto en la playa, tapándose los pechos, y volvió a sacudirla cierta vergüenza.

El principio de la tarde era espléndido, la luz caía sobre la playa como una avalancha clara. La arena estaba completamente vacía a aquella hora. Sólo el viento se hacía notar, un sopro constante y metódico. Helena pensó en un paisaje antiquísimo, anterior a la presencia humana en la Tierra, e imaginó la luz flameando sobre formas de vida extintas. Pensó también en el pez en su interior, el grumo sin conciencia ni recuerdos, un indicio de materia forjándose en una fragua, aquel pelotón de células que no significaba nada pero que podía cambiarlo todo.

La voz del hombre la arrancó de su ensoñación:

—Es hermosa, ¿verdad?

Helena no dijo nada y se limitó a mirar al hombre, cuyos ojos no se habían movido de la playa.

—Esta luz, quiero decir. Es hermosa. Tan pura.

Sólo entonces se volvió hacia ella y repitió el gesto de la mañana, aquellos dos dedos que subían hasta el ala del sombrero.

—Creo que entiende usted el español. Me fijé antes, durante mi paseo, en el libro que leía.

—Sí —dijo Helena—. Soy española.

Él no añadió nada y volvió la mirada hacia la playa.

En las siguientes semanas, Helena tendría ocasión de acostumbrarse a esa actitud, en apariencia inconsecuente con lo expresado un segundo antes, como si él sintiera la necesidad de regresar a un lugar solitario, de donde por un momento la cortesía o la curiosidad lo hubieran sacado, un lugar al que ni ella ni nadie estaban convidados.

Por ello cuando inmediatamente se levantó sin palabras, llevándose por tercera vez la mano al sombrero, y la dejó allí, sin otro gesto de despedida que aquel terco ademán de deferencia trasnochada, Helena se sintió menos insultada que confusa, como si hubiera sido invitada a una fiesta para de pronto, no sabía si por capricho de sus anfitriones o debido a una negligencia imperdonable, quedar excluida de las luces, las voces y la compañía.

XXV

Dos días más tarde, mientras se disponía a tomar el coche tras desayunar, Miss le hizo entrega de un sobre blanco.

Fuera, en cursiva, alguien había escrito con caligrafía firme y cultivada:

De su compatriota

Helena leyó la nota al descender a Pírgos, mientras se desnudaba en la cabaña del embarcadero donde cada tarde, a la caída del sol, algún pescador preparaba pulpo a la brasa para su familia.

Deseo invitarla a cenar en Agia Fotini. Pasaré por su casa esta tarde a las siete. Si la encuentro, entenderé que acepta. Si no es así, no me sentiré ofendido.

Nada más. Ni siquiera un nombre. La cortesía de un extraño expresada en forma vagamente imperativa.

Helena había venido a Creta buscando paz y soledad, y un desconocido la invitaba a cenar. No sabía bien qué pensar, salvo que, en el fondo de su corazón, la actitud del hombre en el restaurante, su brusca partida, la había inquietado. Y la inquietud es siempre una forma de atracción.

Una hora antes de las siete, dudaba todavía si aceptar la propuesta. Pero sentada sobre su cama, con los pies manchados de arena y el cuerpo oloroso a salitre, las manos abandonadas sobre el regazo, se descubrió a sí misma como una estampa del desconcierto. Decidió entonces que tenía menos que perder respondiendo a la invitación que dejándola pasar. Así que se duchó, se lavó el pelo, se pintó los labios, las uñas, los ojos. Llevaba diez días viviendo sin maquillaje y con el cabello encurtido en agua de mar. En el espejo, esa tarde, adivinó la máscara de una máscara.

Él se presentó puntual. Llevaba sombrero, pero no bastón, algo que Helena interpretó como una muestra de coquetería. Iba vestido con americana de lino, camisa, vaqueros y sandalias. Cuando ella bajó a recibirlo, él se destocó. Pareció diez años más joven, igual que un lienzo restaurado. Estrechó su mano con fuerza, como si Helena fuera un hombre, y sólo entonces dijo:

—Ha aceptado.

Sí. Había aceptado.

Lo pensaría una y otra vez durante aquella larga noche, sentada en la taberna a los pies del mar de Agia Fotini, mientras él contaba una historia extraña, llena de saltos en el tiempo, retrocesos y círculos, como si el desplegarse de la vida de un hombre pudiera atender a cualquier figura geométrica salvo a la línea recta, como si la vida de un hombre entre sus semejantes sólo pudiera ser una maraña, un ovillo, un torbellino en torno al cual fueran disponiéndose capas y más capas de luminosidad o de negrura, algo así como una cebolla que no tuviera carne en su centro, un edificio levantado sobre la pura majestad del aire.

XXVI

Un fugitivo, dijo él. De sí mismo y del mundo.

Helena aceptó semejante profesión de fe sin sobresalto. Parecía estar en el ambiente la comunión de los huidos. Incluso compartieron con placer adulto el juego de los secretos. Por ejemplo, el de los nombres. Él propuso Antonio, un nombre, apuntó, que no era el suyo, cierto, pero que podría haberlo sido en otras circunstancias. Su nombre, el auténtico, lo había dejado atrás hacía casi treinta años, cuando partió de su antigua existencia como el joven que marcha a la guerra abandonando familia, amores y paisaje. Añadió que en realidad había tenido muchos nombres, tantos como podría soñar la imaginación más novelesca, muchas profesiones y muchas patrias, pero que, desde hacía una década, había asumido su último nombre —el mismo con el que le trataban los lugareños—, su última profesión —esa ausencia de obligaciones consistente en disfrutar de los réditos acumulados en el pasado— y su última patria —la isla con rincones aún secretos a pesar del vendaval desatado por la globalización del gusto.

El hombre, el fugitivo, Antonio, filosofó aquella noche frente al mar de Homero mientras le confesaba a Helena que, a pesar de haber quemado sus naves hacía tanto, se había emocionado al encontrar a una compatriota en la soledad de las playas del sur. Separado del mundo y del tránsito urgente, siempre renovado, de una prisa acelerada, odiando en lo más profundo de su corazón a los colonos de esos guetos llamados hoteles de lujo, residencias de ocio o terminales de aeropuertos, despreciando a los fantasmas que vivían sólo para los hipermercados y su náusea, ignorando a los nihilistas que recorrían autopistas de ocho carriles en pos de la más brillante de las metáforas (la nada y su paradójico epítome, arguyó el fugitivo: el movimiento perpetuo), Antonio habló en la noche de Agia Fotini desde la avalancha del lenguaje y de los símbolos.

Helena sintió una sacudida al pensar en sí misma como habitante de aquella colmena febril que su interlocutor tanto detestaba. También supo que en el relato de su acompañante no había espacio para la seducción. Y advirtió reconfortada que, en realidad, él no esperaba de ella ninguna contrapartida en el terreno de las revelaciones. Nada de fechas o lugares. Nada de nombres propios o trabajos. Nada de razones del corazón o la inteligencia. El único motivo válido para que Helena estuviera en Creta era la ausencia de motivos. A Antonio, pensó Helena, una conversación sobre el futuro del pez le habría importado tanto como una charla acerca del bosón de Higgs.

Fue, pues, una noche intensa, que tuvo su colofón en Agalianos, a unos pocos kilómetros de Kerames, ambos subidos al tejado de la casa de Antonio, pequeña, blanca y limpia, una especie de dado en el que cabía el sueño completo de un hombre, los dos tendidos allí arriba mientras el

viento hacía sonar su fuelle feroz, los ojos alzados hacia el espectáculo de la noche cretense, un cielo que como ningún otro en Europa alcanzaba a mostrar el esplendor de las estrellas, aquella paz vacía y callada, pero no melancólica, y el instante perfecto en que, mientras Helena devoraba el ardiente enigma desplegado sobre su cabeza, acató con placer y un asomo de vértigo cómo de su memoria se iban borrando, uno tras otro, como en un fundido a negro, los rasgos de quienes un día habrían podido reclamar como suya la paternidad del pez.

Su estancia en Creta se concentró desde entonces en aquellos cuatro puntos cardinales: dormir y desayunar en Kerames, nadar, tomar el sol y comer en las playas de Ligres, Pírgos y Triopetra, cenar con Antonio en Agia Fotini, cruzar la frontera de la medianoche sobre el tejado de la casa de Agalianos.

A veces Antonio la abandonaba, su rostro se vaciaba de pasión o de palabras, y Helena desaparecía como un signo borrado de un papel. Eran momentos delicados, porque ella sentía que él llevaba un demonio dentro, un demonio que habitaba en su cuerpo hacía años, en simbiosis con sus logros y sus esperanzas. Toda vida era un continuo proceso de digestión, la rumia constante de sucesos nimios o perdurables, pero siempre, aguardando su momento para reaparecer, latía la posibilidad del demonio paciente. Aquel demonio sin nombre que acechaba a Antonio hacía pensar a Helena en sus propios temores, en qué sería de ella treinta años después, bajo qué estrellas conjuraría sus miedos, en compañía de quién lo haría. Ese demonio que a veces empujaba al hombre a levantarse de su asiento, abandonar los cubiertos sobre la mesa o mirar a lo lejos, más allá del mar y del viento, convertido en piedra o en pura conciencia, arrebatado al curso del aquí y del ahora, abducido en silencio.

Pero es cierto que también ella lo ignoraba a él en ocasiones, faltando a su cita de las siete de la tarde en el patio de la casa de Miss, viéndolo aguardar allí abajo durante cinco o diez minutos, hasta que comprendía que esa noche ella no acudiría, aquietado en su estampa de madurez cuidada, la decadencia de la edad ya en sus inicios si bien aún sometida, como una enfermedad lenta que todavía no se ha vuelto codiciosa.

Alguna de esas tardes de defeción ella se descubrió llorando por él. Por su futura muerte. Por la muerte de aquel hombre ya sin nombre verdadero que un día se apagaría en el exilio de sí mismo y de su huida, y con el que ella habría coincidido apenas tres semanas a lo largo de una vida de setenta, ochenta, noventa años. Aquel doble cómputo la hacía palidecer, oprimía su corazón sin remedio. Tanto y tan poco. Siempre juguetes en manos del azar, muñecos que la brisa agitaba, banderas con los mástiles podridos. Casi podía entonces oír brincar al pez en su vientre, como si también allá dentro, en el estruendo celular, la doble contabilidad del tanto y del tan poco reclamara su atención.

Y cuando lo veía marcharse no sin antes saludar a la cómplice Miss llevándose la mano al sombrero, Helena sabía que lo que la había retenido dentro de la casa era el impulso tan humano como doloroso que a veces la asaltaba, la voluntad de vomitar sus dudas y contarse a sí misma, entera y de una sola vez, como una mujer que se mostrara desnuda sobre un escenario.

XXVII

El día antes de regresar a España, Antonio le propuso un doble programa. Visitar de mañana el palacio de Festos; saludar el crepúsculo en el valle de Amari.

Partieron hacia la llanura de Mesará temprano, con la luz incendiando ya el mundo con su llamarada salvaje. La noche anterior habían estado una vez más en la casa de Agalianos, aunque en esta ocasión, tras su habitual homenaje al cielo estrellado, habían pasado largo rato dentro de ella, bebiendo *retsina*. Helena pudo ratificar entonces su austeridad implacable. Era la casa más desnuda que había visto en su vida. Un espacio monacal, casi abstracto, la vivienda de un cartujo. Helena se preguntó cómo podía Antonio aparecer siempre tan pulcro sin disponer de un solo espejo donde mirarse. Se lo imaginó de madrugada, reflejándose en la superficie de alguna alberca mientras se afeitaba como un pionero, compartiendo el espacio con cabras y perros, o palpando su cuerpo y su rostro en ratos perdidos, con constancia extenuante, para adquirir de ese modo la disciplina y eficacia de un ciego, alguien que no precisa de otra revelación para conocerse de memoria. Sí se atrevió en cambio a preguntarle por qué en la casa no había ni siquiera una fotografía, una reproducción de un rostro querido, un paisaje añorado, la obra de un artista admirado.

Antonio habló entonces del poder contaminante de las imágenes, del hecho de que excitaban en las personas el ansia de posesión. Y añadió que a él, desde hacía años, le interesaba otro tipo de goce. Por ejemplo, apuntó, el que emanaba de la matemática. Porque, según Antonio, la matemática poseía una belleza inaprehensible. Una belleza que no merecía el elogio de la palabra ni exigía del recinto de la imagen. Una belleza que aspiraba a ser contemplada, cierto, pero de modo cerebral, no descrita mediante verbos ni adjetivos o registrada mediante iconos. O como la belleza de las estrellas, añadió con su índice extendido, que no cabía en ninguna reproducción, en ningún exordio, en ningún manual de historia de las mentalidades.

Ni Pascal ni Kepler, dijo Antonio aquella noche. Ni la conciencia humana conteniendo la vastedad del cosmos ni el espacio sideral esclarecido en trayectorias regulares. Su belleza, como estaban considerando en aquel preciso instante, tumbados sobre el tejado de Agalianos bajo el resplandor del Carro, y como más tarde seguirían dilucidando ya dentro de la casa, mientras bebían directamente del gollete de la botella de *retsina* como cofrades, consistía en situarse frente a semejante espectáculo durante un breve espacio de tiempo, media hora cada noche por ejemplo, para después darle la espalda, no contaminarlo con el deseo de la posesión. Tampoco con la pretensión vana y ridícula, siempre condenada a la esterilidad, de haber entendido lo visto. Pues bastaba saber que las estrellas estaban allí, sobre sus cabezas, y que ningún hombre podría

reclamarlas como tuyas, ya que en realidad pertenecían a todos por igual.

Una democracia pura del instinto, dijo Antonio bebiendo el último trago de vino. Y tras esa frase lo asedió el demonio secreto.

Helena recordó con claridad su gesto de abatimiento mientras en el coche alquilado ambos corrían hacia el palacio de Festos. Sí. Recordó haber permanecido allí sola, en la humilde, humildísima casa de Agalianos, presa del estímulo y la moderada euforia provocados por la *retsina*, mientras él rumiaba una pena, un dolor, un desastre del que ella no sabía cuántas palabras o imágenes podía exigir. Sí, había dicho Antonio más tarde, regresando sin huella visible de pánico o alivio desde su recurrente exilio. Y lo mismo sucedía con el amor. Existían amores que se consumían en cuatro meses mientras que otros duraban cuarenta años. Y no era que el amor que duraba cuarenta años fuera más digno o respetable que el amor que apenas duraba cuatro meses. No. No se trataba de eso. Lo que sucedía era que el segundo amor, para seguir mereciendo ese nombre, no podía durar más de cuatro meses. Y por eso un día, argumentó Antonio amparado bajo el techo más allá del cual colgaban los racimos estelares, cuando uno estaba en la cumbre de su enamoramiento, debía contemplar el cuerpo amado y entonces, sin rencor ni resentimiento hacia la vida, marcharse de su lado para siempre. Porque con esa belleza de la que Antonio hablaba sucedía lo mismo que con la belleza de las estrellas o de la matemática. Uno tropezaba con ella y sentía que debía apropiarse de lo que significaba sin avaricia ni pasión, como una experiencia moral antes que estética. Y uno sabía que debía dejarla partir sin ánimo de hacerle un retrato o dedicarle un panegírico, sin la voluntad de encerrarla en una placa fotográfica o condenarla a las páginas de una enciclopedia.

Cuando llegaron a Gortina, el sol era ya un tirano. Helena no estaba en absoluto de acuerdo con Antonio, discrepaba de su teoría a propósito de la incapacidad de la palabra y de la imagen para adueñarse de determinadas realidades, creía que en esa doble negación latía una sensibilidad infantil y, en el fondo, peligrosa por reaccionaria y mágica, pero no había deseado discutir con él. Helena asumía las rarezas de aquel hombre a quien consumía un fuego que ella no pretendía desvelar ni compartir, un hombre a cuyo lado, durante aquellas tres últimas semanas, había conocido sin embargo una intensa sensación de confort, el placer de los extraños, esa misma calidez que sintió renovada al contemplar su figura vestida de blanco y negro, con el eterno sombrero y su pulcritud inmaculada, caminando por las ruinas de la basílica de Tito en Gortina, aquella fortaleza de la fe construida hacía mil cuatrocientos años y cuyos restos, como los de un gigantesco huevo cósmico, Antonio recorría rodeado del zureo de las palomas, el grito de las chicharras, el latir del pez que en el interior de Helena discurría ajeno a la serenidad de las estrellas, la fragilidad de las imágenes, la pervivencia de los monumentos cristianos en un mundo pagano.

Una hora después, ya en Festos, Helena experimentó el consabido embrujo. A su alrededor, bajo la piedra noble, el sol alto, la llanura inmensa, todo hablaba de la edad del mundo, de su antigüedad y peso, del sentido capital y a la vez vano del transcurrir del tiempo. Y otra vez conoció aquella paradoja que suponía sentirse tierna, blanda, percedera en una palabra, ante una obra que le hablaba desde el pozo de los siglos. Una obra que susurraba a Helena lo antiguas que eran su sensibilidad y su inteligencia, las galas de su educación, pero que, al ser admirada, le recordaba que apenas era una niña ante su primer deslumbramiento.

Y fue allí, en el propileo occidental de Festos, ante el vestíbulo que un día podría haber

albergado el descenso de los dioses con su séquito completo de prebendas y astucias mitológicas, el desfile de ejércitos del orbe y el clamor de monstruos de los más recónditos bestiarios, fue allí, en el teatro maravilloso del esplendor minoico, donde Antonio intuyó el secreto que Helena había mantenido adherido a su piel durante el viaje, fue allí donde Antonio se atrevió a suponer qué la había conducido hasta Creta en completa soledad, fue allí donde una vez más, como un incendio imposible de apagar, lo asaltó la certeza de que toda persona guarda dentro de su corazón habitaciones en las que no desea mirar ni desea que nadie mire.

En la enormidad del palacio, en medio de la superficie desnuda capaz de contener miles de pasiones y de pasos, miles de respiraciones y de cuerpos, bastó un gesto preciso y precioso, un gesto en realidad minúsculo, pero tan revelador como la mano que descorre una sábana y muestra lo que la tela esconde. Porque unos metros por detrás de Antonio, cuando se disponía a encarar los peldaños del propileo y él se volvió un instante con una palabra cualquiera en los labios, Helena, detenida en la fragancia del verano insular, quieta en medio de tantos acontecimientos, daguerrotipo sucinto y perfecto de un instante que jamás se repetiría, los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta, se llevó a la parte posterior de su cadera la mano izquierda y cruzó sobre su vientre la mano y el antebrazo derechos, en ese gesto universal que todas las embarazadas ejecutan cuando de pronto sienten el cansancio, o la nostalgia, o sencillamente la emoción de su carga. De modo que cuando se detuvo para tomar aire, absorta y arrebatada en su doble cuerpo, a merced de aquella postura que la desnudaba de modo irremediable ante el mundo, Antonio supo.

El resto del día la observó con otros ojos, pensó en ella como en un asunto frágil aunque eterno deambulando entre piedras milenarias, un vaso valiosísimo, sí, más valioso que cualquier friso, que cualquier ley, que cualquier reina, insistiendo en conducir el coche de camino a Amari mientras ella lo contemplaba risueña y divertida, confusa y al tiempo agradecida por aquellas muestras de deferencia un tanto ampulosas con que él había abierto la puerta del coche, la había prevenido contra el calor y la había obligado a beber agua. Aunque ella jamás habría podido sospechar qué movimiento telúrico había provocado su gesto en Antonio, qué desprendimiento de mampostería vieja había vivido él al descubrirla allí, abrazada a sí misma y a su fruto aún invisible bajo el verano cretense, maga, cruz y victoria, hostia fecundada y llena, pero celosa de su equipaje, astro todavía invicto bajo el astro de la historia de Festos.

Y entonces Melambes, entonces Thronos, entonces Vistagi. Entonces, en el anfiteatro del valle de Amari, siempre bajo la protección del Ida, el coloso de piedra, la montaña sagrada, el hogar del dios que pautaba su recorrido por el crisol de belleza arcana, discurrieron de tarde en torno a la copa bruñida por la luz desde hacía miles de años, el hondón abrigado por las curvas de la carretera sinuosa, la sutura surcando los pueblos desolados en los que clepsidras rotas y cisternas agrietadas les devolvían la mirada insomne de los artefactos. Allí estaba otra vez: la belleza vacía del mundo, su espectáculo sobrecogedor, pues, como sucedía con la muerte, la presencia humana jamás resultaba tan evidente como en su ausencia.

Y al fin de noche, mientras ella rehusaba esta vez acompañarlo a Agalianos, pretextando el deber de las maletas que la esperaban en Kerames, la delicada atención con que él le tendió un último higo robado a los árboles del valle, un higo que Helena chupó con placer salvaje en su cama vacía a beneficio del pez y de sí misma, mientras Antonio, tendido sobre el tejado de su casa, buscaba en la noche estrellada una forma de belleza que esta vez, obtusa y ferozmente, se le negó.

XXVIII

—Un regalo.

Le entregó el sobre cuando ella se disponía a cruzar el control de pasajeros, separados unos metros del puñado de hombres, mujeres y niños que se precipitaban patéticos y ya furiosos hacia los guardias. En el exterior, con idéntica caligrafía a la de la primera entrega, él había escrito esta vez:

De tu compatriota

El matiz la emocionó. El trayecto del «su» al «tu» había sido más intenso de lo que Helena se había permitido suponer. Por eso cuando hizo ademán de abrir el sobre y él tomó sus manos con firmeza, ella sintió un estremecimiento:

—Mejor en el avión —dijo Antonio.

Lo besó. Besó sus labios fríos, para lo que tuvo que alzarse un poco sobre las puntas de sus pies, como una bailarina que hiciera el gesto de agarrar una manzana. Llevaba tres meses sin besar a nadie, desde los encuentros confusos en que los ya invisibles padres del pez habían merecido esa caricia. Pero el beso a Antonio era distinto. Un beso del «su» al «tu», un beso a cierta nostalgia de un padre, un maestro, un amigo con más experiencia.

—Mejor en el avión —repitió él.

Y la empujó suave pero decididamente hacia la riada que posaba sus bártulos sobre las cintas mientras se despojaba de relojes y monedas, gafas de sol y encendedores, cinturones y gorras, algunos contentos, unos pocos saciados, todos aturridos a esa hora de la mañana por la luz que los había arrojado hacia el aeropuerto desde los distintos rincones de la isla, de vuelta cada cual a su placenta gris y anodina, incapaces al cabo de un par de semanas de reiterar otra cosa que no fueran los lugares comunes del turista.

Y él allí, con sus dos dedos posados en el ala del sombrero, alto y cargado de hombros, exacto en su madurez, diciéndole adiós para siempre a través de las órdenes que llenaban el aire.

Y ella allá, del otro lado, el sobre apretado contra el vientre donde el pez aguardaba el veredicto, mirándolo callada mientras deshacía el gesto del saludo, giraba en redondo, desaparecía de su vida sin volverse una sola vez.

XXIX

Desde la dedicatoria duplicada (había escrito «Para Helena» debajo y en paralelo al original «Para Elena») hasta la imagen final de Jesús volando su cometa en el cielo de Palestina, leyó *La cicatriz* como un buzo que descendiera al abismo. La sensación fue parecida a cambiar de medio físico, a poseer branquias en vez de pulmones. Cada vez que alzaba los ojos del papel, el espacio de la carlinga le parecía un territorio indescifrable. La superficie del mundo correspondía exactamente con la superficie del libro. Por una vez, lenguaje y realidad se solapaban. El resto, cuanto quedaba fuera de los márgenes del texto, era un cómputo de objetos sin sentido. Y sin embargo dentro de la historia no todo resultaba amable, sencillo o feliz. Al contrario, la habían atacado lágrimas ácidas y espesas, que la obligaron a morderse los labios ante ciertas escenas: la muerte de Lavinia, la imagen del pájaro cruzando el salón iluminado, los dos sueños del narrador. Al terminar la lectura había devorado cada rasgo de la fotografía de la solapa: las arrugas en torno a la boca, los cristales opacos de las gafas, el pelo corto, la frente despejada, la nariz ancha. Lamentaba que la fotografía de aquel hombre todavía joven le robara su olor actual, su deterioro presente, el sombrero como emblema. Había pasado las yemas de sus dedos por los labios una y otra vez, con la constancia de una obsesa, como si así pudiera dibujar una sonrisa al rostro serio, que enfrentaba la cámara con un sosiego no impostado. Y había pensado en sus conversaciones bajo el cielo estrellado, en su vida errante y fugitiva, en su fallido desprecio de cuanto ahora comprendía que había constituido y posiblemente siguiera constituyendo su sueño más íntimo, incluido el empeño por atrapar la existencia mediante el expediente de aquella fantasía incompleta, la infancia de un niño llamado Jesús y todo lo que ese intento ocultaba de la propia vida dañada, todo lo que ese empeño ocultaba de la fuga propia y de la propia y decisiva claudicación. Y al comprobar la fecha en que se había publicado el libro, había imaginado los años de reclusión, la huida perpetua del hombre que sentado en Agia Fotini le narró fragmentos y medias verdades de su aventura para aquietar el dolor de la pérdida mediante el embrujo del movimiento, el deambular de aquí para allá intentando dejar atrás, como un traje sucio y viejo, el pasado. Casi pudo verlo como otro soldado de Maratón corriendo hacia su destino mientras se despoja del yelmo, la armadura, los correajes, las sandalias, el escudo, la cifra completa de su experiencia expuesta como una piel de serpiente antes de llegar ante la ciudad para proclamar la derrota del bárbaro y entonces, frente a los ojos del ágora, caer él mismo derrotado. Ese yelmo, esa armadura, esos correajes, esas sandalias, ese escudo, esa piel de serpiente que de vuelta en casa se encarnaron en las hemerotecas de treinta años antes, cuando Helena apenas tenía diez, en las noticias que hablaban de la aparición de *La cicatriz*, en la vida pública de un libro que, como

casi todos, pasaría con más pena que gloria, en la pronta evidencia de un silencio que, periódicamente, alguien se obstinaría en agitar durante los primeros años, el silencio del entonces todavía llamado Antares, el silencio del entonces todavía escritor de prestigio, los recuerdos de su figura al comienzo cada año, luego una vez cada dos o tres años, después un lustro ya sin noticias tuyas, y al fin, poco a poco, indefectible, la desaparición, la muerte en vida, la evidencia brutal aunque a la vez pacífica, sin derramamiento de sangre, del escritor al que el silencio se ha tragado, y con él, con el silencio, el olvido, sólo avivado por algún estudioso que de vez en cuando, de aniversario en aniversario, se pregunta qué habrá sido de aquel que un día, tras padecer una desgracia, había entregado al mundo un libro extraño aunque luminoso para luego desaparecer, ambos, libro y hombre, en el absurdo clamoroso de la indiferencia, por qué país vagaría aquel que un día pudo ser algo, pudo ser alguien, fue leído e incluso alabado, mereció elogios y parabienes, y páginas en libros escritos por otros, alguien que fue una huella en apariencia profunda y en apariencia destinada a perdurar para sin embargo, pronto, muy pronto en realidad, con el transcurrir de los días, los meses, los años, ir borrándose suave pero decisivamente, como un rostro en la arena que el mar devorara. Un mar que ahora se lo devolvía a ella, allí, en la isla, en el avión, de regreso en casa, en Amari, en el Boeing, en España, tres décadas después de su última palabra, la que él había atesorado durante todo ese tiempo de traslado en traslado, de fuga en fuga, de nombre en nombre, cada vez en casas más despojadas pero siempre a su lado, como una enfermedad de la que uno no desea curarse a pesar del daño que provoca, el elefante blanco de su angustia, el libro soñado y ejecutado, el último libro escrito, la cicatriz de cicatrices, el esfuerzo del alma desnuda, la fábula sobre el mundo cruel mediante la que el hombre intenta exorcizar sus fantasmas, esa última palabra que esperó treinta años hasta encontrar su corresponsal inesperado, la mujer con el pez en el vientre, la del nombre casi idéntico, aquella última palabra viajando de casa en casa, sí, oculta hoy en un armario, mañana en una maleta, un día en el bolsillo de un traje y al siguiente en el fondo de un cajón, sobreviviendo a las mudanzas y a los despojamientos, a los cambios de domicilio y de identidad, a las mentiras acerca de sí mismo, haciéndose cada vez más pequeña pero brillando cada vez con más fuerza, palabra remota y sin embargo certera resistiendo el paso del tiempo y de los propios terrores, dentro de ese ejemplar ajado y oloroso a moho, con manchas de sol y de lluvia, dentro de ese libro que es su noche y su niebla, el libro que contuvo, contiene y contendrá el último aliento, la voluntad última, el testamento de quien un día dijo llamarse Antares, el escritor de prestigio, el hombre olvidado a quien nadie recuerda, tendido sobre la casa de Agalianos contemplando las estrellas y negándose a sí mismo el único beneficio en que un día creyó: que la palabra y la imagen son fracaso, sí, son condena, cierto, son sepelio, sin duda, pero que también son, sí, son para siempre y desde siempre, sí, son, en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, en la soledad y en la compañía, han sido, son, serán siempre el último, el único, el irremediable equipaje.

XXX

La carta lo alcanzó en Agia Fotini, mientras contemplaba a un cachorro de rottweiler jugar en la arena. Se la trajo, junto a su habitual botella de *retsina*, la muchacha que tantas veces había atendido su mesa y la de Helena durante el pasado verano. La muchacha no dijo nada, limitándose a posar la carta junto al vino y el vaso.

Faltaban diez días para que terminara el año. Diciembre estaba siendo particularmente benigno. De hecho, en aquel preciso instante, había bañistas en la playa. Él sintió que ciertos placeres, como ciertos temores, convenía dilatarlos cuanto fuera posible. Quizá por eso, como a un principiante, la *retsina* le provocó una embriaguez insólita, limpia de euforia pero también de nostalgia.

Llevó la carta consigo el resto del día, guardada junto a su corazón. Sentía un calor intenso en el pecho cada vez que pensaba en ella. Toda la jornada transcurrió en realidad como si una mancha de tinta se hubiera derramado sobre una pintura, transformando el mundo en un paisaje confuso, caótico, sin coordenadas.

Cuando llegó la noche lo asedió una luna enorme, resuelta en su disco perfecto y extasiado, un insecto clavado en una pizarra. Tan brutal era su presencia, que sobre el tejado de Agalianos la noche parecía la mera prolongación del día. Las manos, las ropas, los perfiles de los objetos: todo brillaba como peces de plata en una corriente detenida. En la noche invernal, la luz de hielo era un prodigio.

Y aunque sabía que estaba resultando un tanto patético, como siempre que se forma parte de un ritual, no le importó. Solo allá arriba, en su tejado, en pleno mes de diciembre, con la luna y las estrellas por compañía, se sintió parte de una representación destinada a perdurar, y tan privilegiado como si le hubieran permitido asistir a su propio funeral.

El feto, un varón, tenía ya veintiséis semanas. En la ecografía, Helena había rodeado su sexo con un círculo rojo. Él tembló un poco bajo la noche y sintió el apremio de llorar, pero pudo reprimir las lágrimas y esconderlas tras un bostezo. Con el mismo rotulador con que había señalado el pene de su futuro hijo, Helena había reproducido en una hoja blanca un fragmento de *La cicatriz*:

¿Perpetró la misma ruta que los demás niños, cumplió el viaje infinito al linaje de cuerpos del que los mortales proceden? Niños de niños de niños de niños.

Bajo la noche madre, con la ecografía en las manos, él entendió que su primer nombre le había

sido devuelto. Y lejos y arriba, muy lejos y muy arriba, en la constelación que los libros llaman de Escorpio, Antares, el olvidado, creyó adivinar el resplandor de su gemelo, Antares, el inmortal.

Gijón

Enero de 2011-Mayo de 2013

AGRADECIMIENTOS

Parte de esta novela se redactó en la primavera del año 2013 durante una residencia en Italia auspiciada por la Fondazione Bogliasco y su Centro Studi Ligure per le Arti e le Lettere. Deseo expresar mi gratitud a las personas que hicieron posible (e inolvidable) dicha estancia, con un recuerdo especial para Ivana Folle, Alessandra Natale y Valeria Soave.

Por motivos distintos, aunque no menos importantes, quiero dejar constancia de mi deuda con Covadonga D'lom, cuyo talento como lectora es sólo comparable a su generosidad como amiga.



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN. Nacido en Gijón, en 1971, es licenciado en Filosofía por la Universidad de Oviedo. Escribe en los diarios ABC, El País y La Nueva España, y en las revistas El Mercurio y Tiempo. Autor de un singular libro de viajes, *Asturias para Vera* (2010), ha publicado los libros de relatos *Los caballos azules* (2005) y *Gritar* (2007), y las novelas *La filosofía en invierno* (1999 y 2007), *Panóptico* (2001), *Los arrebatados* (2003), *La noche feroz* (2006), la denominada *Trilogía del mal* —que incluye las novelas *La ofensa* (2007), *Derrumbe* (2008) y *El corrector* (2009)—, *La luz es más antigua que el amor* (2010) y *Medusa* (2012).

Saludada con grandes parabienes por la crítica, su obra lo ha convertido en uno de los escritores más prestigiosos en el panorama de la narrativa contemporánea española. Traducida al catalán, francés, italiano, neerlandés y portugués, su obra ha recibido premios como el de la Crítica de Asturias, el de la Crítica de la Feria del Libro de Bilbao, el Casino de Mieres de Novela, el Qwerty de Barcelona Televisión, el Juan Rulfo de Relato, el Llanes de Viajes y el Premio Cálamo «Otra mirada».